



PRINCESA *dragón*

Elle
Arce

PRINCESA DRAGÓN



Copyright © 2017 Elle Arce

Segunda Edición 2023

All rights reserved.

Diseño de portada por Elle Arce.

ISBN:

Sello: Independently published.

Queda prohibida, completamente, la distribución total o parcial de este libro.

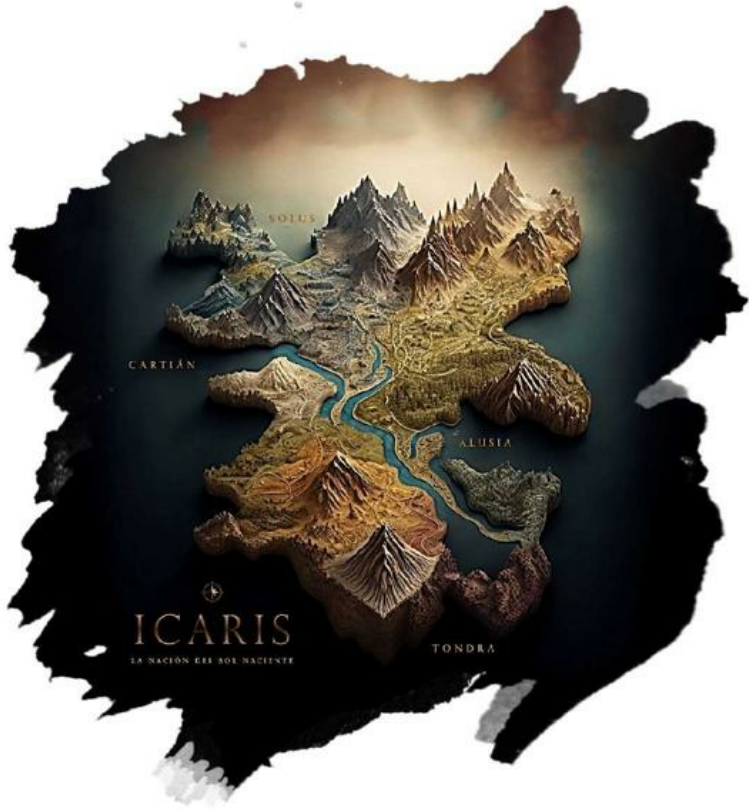
Este libro es de uso personal. Al adquirirlo se está de acuerdo en no vender, copiar o distribuir el contenido de ninguna manera sin consentimiento previo del autor.

Todos los hechos aquí narrados son producto de la imaginación de la escritora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Por un mundo donde las princesas no necesiten ser salvadas.

«La pregunta no es quién me va a dejar; es quién me va a detener».

—Ayn Rand.



Capítulo 1

Todo cuento tiene un principio, el nuestro se encuentra en el reino lejano de Icaris, un reino hermoso, apodado «La nación del sol naciente» gracias a sus grandes y verdes montañas donde se vislumbraba al astro rey con poder y majestuosidad, a sus amplias praderas donde corrían las bestias y animales más pequeños en armonía, iluminados por los rayos solares, además de por sus pueblos pequeños y pintorescos donde la paz reinaba para sus habitantes, siendo uno de los reinos más prósperos y fructíferos de los Siete Cielos.

La hermosa nación era gobernada con bondad, sabiduría y templanza por el rey Calh, bautizado el rey justo por sus gobernados. Calh fue el hijo mayor del anterior rey, al asumir el trono, años atrás, cuando solo era un jovencito, muchos creyeron que el puesto era mucha carga para un muchacho de apenas dieciséis años, sin embargo, el joven Calh demostró tener la suficiente valía e inteligencia para asumir el deber.

Calh creció de la mano de su nación, llevándola a ser el reino más próspero, sin comparación. Era un rey justo, prudente y, sobre todo, entregado al deber, por ello, cuando le dijeron que tenía que dar herederos a la corona, no dudó en responder a sus súbditos y procurar casarse con una dama que se adecuara para ser la futura reina de Icaris.

Sus delegados y consejeros se esforzaron en llevarle a las damas más hermosas y correctas de la nación. Recorrieron los valles, los prados, las montañas, los pequeños pueblos y la metrópolis. Viajaron desde la helada y seca Tondrá, pasando por Alusia y Cartián, hasta llegar a Solus, donde se encontraron con una jovencita de cabello blanco que resaltó entre las demás.

Izold era la mujer más hermosa que había en toda Icaris. Su ser desprendía un brillo singular, y no solo era por su cabello blanco, lustroso y ondulado en donde el sol permeaba y creaba un halo de luz a su alrededor, ni por sus ojos celestes muy claros que reflejaban el alma de aquellos que los vieses, o por su nariz pequeña y respingada, o por su boca mullida y rosada, como los pétalos de una rosa, con la piel pálida y tan suave que la más exquisita de las sedas perdería y se avergonzaría al rozarla, o por su figura espigada y delgada que no solo dejaba al descubierto su elegancia, sino por su gran nobleza, con sus manos delicadas y sus formas femeninas. No, Izold brillaba por su alma pura y gentil, porque sus formas eran las de una dama, pese a que su padre era un simple campesino que trabajaba con animales y labraba los campos, siendo Izold su más grande tesoro, a la que cuidó inculcándole valores y ensañándole, junto con su madre, a ser toda una dama que no solo se preocupara por tejer, cocinar, entre otras cosas, sino por ayudar al prójimo.



Los consejeros del rey no dudaron en presentarse a la pequeña cabaña donde vivía la joven para hacerles la propuesta a sus padres, quienes, después de una noche en la que los dejaron pensar, meditaron y concluyeron que lo mejor para su adorable hija era dejarla ir al palacio para que el rey decidiera si era de su agrado convertirla en la futura reina.

Obediente, Izold partió hacia la metrópolis, acompañada de otras damas que ni con sus

vestuarios de finas telas, o peinados elaborados, así como sus indumentarias de oro, plata, bronce, y gemas de gran valor, lograron competir con la sencillez y belleza de Izold que, sonriente y amable se presentó ante ellas y, con su gran carisma, se ganó el reconocimiento de las demás candidatas.

Su corazón latió con esmero durante todo el viaje y su nerviosismo creció cuando vislumbró el palacio. Sus ojos celestes se abrieron al contemplar la majestuosidad de la edificación, las altas murallas que se erigían alrededor del palacio, que le resultó digno de una obra de arte que debía ser pintada con esmero, con sus torres altas, con las verdes enredaderas que subían y decoraban las rocas de sus grandes muros.

Izold no podía creer lo que sus ojos le trasmitían, la paz y la confraternidad con la que los aldeanos paseaban. Estaba maravillada, y sus pulsaciones se agitaron más cuando el carruaje se detuvo a las puertas del palacio.

Ni el trayecto dentro de los muros fue suficiente para refrenar su agitación, pese a que se repetió que todo estaría bien.

No estaba nerviosa por el resultado, estaba en paz con ello, no obstante, ¡se iba a presentar con el rey!, con el hombre que cambió la pequeña aldea donde nació, el hombre que hizo que la nación progresara y... La ilusión se anidó en su vientre, calentando su piel y haciendo que sus manos temblasen.



Cuando un guardia la ayudó a bajar del carruaje, su piel se sonrojó y alzó la cabeza para mirar al sol y sentir su calor, su luz. Cerró los párpados y la paz inundó su alma.

Ese instante cambió su vida...

En una de las torres más pequeñas del palacio, el rey Calh observó a las doncellas descender de los carruajes y contempló cuando la última de ellas salió y un rayo de luz la cubrió, como si le indicara quién era la elegida.

Los ojos grises de Calh se fijaron en Izold. El pulso se le alteró. Contempló el gesto de aquella dama de cabellos blancos y sonrió al ver la forma en la que la luz florecía con su esencia.

Lo supo, supo en ese momento que quería a Izold para ser su esposa, no solo por su belleza, sino porque con ese gesto sencillo en el que pareció nutrirse con los rayos cálidos del sol, algo en su interior se encendió como una antorcha que se avivó más cuando se encontraron horas más tarde, cuando le dio la bienvenida a la comitiva y los delegados presentaron a las damiselas.

Sus ojos se encontraron y no hubo más por decir, fue como si sus almas se reconocieran, como si se encontraran luego de mucho tiempo y se abrazaran en una danza secreta que solo sus miradas presenciaron, así como el calor que brotó desde su interior enardeciéndose con la cercanía del otro.



Capítulo 2

Se se día marcó el inicio de una nueva era para el reino de Icaris, una donde su amado rey Calh encontró a su reina, a su esposa, a la que sería la madre de los herederos de la corona, la madre de sus hijos.

No fue necesario llevar a cabo un gran cortejo, ambos sabían que querían al otro, y todos lo notaron en ese primer contacto.

La boda real fue el evento más grande de la década, un evento al que todos acudieron, ansiando ver a la pareja de la que hablaban los rumores, de la que se auguraban solo bondades.

La pareja se había visto pocas veces desde que Izold fue llevada como otra candidata más al palacio, sin embargo, cada que se encontraban se podía sentir la emoción que hacía latir ambos corazones, y el día de la boda, sus almas se entrelazaron hasta el final de los días como una sola.

De esa consagrada unión, de la que muchos fueron testigos del amor que se presagiaban, nació una bella bebé al año de casados, un año en el que el reino no solo fue acogido por el sol con más fervor, sino por el cariño y la atención de la pareja para con el pueblo.



El día que nació la pequeña princesa Lara, las campanas de la iglesia replicaron anunciando la llegada al mundo de la siguiente heredera a la corona, la niña que llenaría al reino de luz, como los oráculos y sabios presagiaron. Una niña que desde el vientre fue amada no solo por sus jóvenes padres, sino también por el pueblo.

Lara fue una bebé hermosa, con el cabello blanquecino de su madre, que en su primer minuto de vida casi ni se le veía en su nívea cabecita. Su piel era más suave que la seda y tan clara como la luna. Sus ojos de un color entre el celeste de Izold y el gris del rey Calh. La nenita era hermosa y, así como sus padres, el astro rey la llenó de calidez cuando un rayo solar se filtró entre las ventanas abiertas de la habitación en la que nació, mientras las cortinas blancas ondearon y el soplo de aliento infundió sus pulmones de vida, haciendo que la recién nacida llorara y anunciara al mundo su llegada, la llegada de la *Princesa Dragón*.

Su padre la tomó en brazos y la acogió, llevándola hacia la ventana para presentarla al sol, para que este la bendijera con su luz, con su calor y con un futuro lleno de luminosidad.

Ese día, los ciudadanos de Icaris elevaron plegarias para pedir por el bienestar de su futura reina.

Así, la pequeña Lara creció, con la elegancia, belleza y porte de su madre, y la inteligencia, nobleza y devoción hacia los súbditos de su padre, quien le inculcó el deber de respetar al pueblo, así como la fuerza y el coraje para enfrentar los problemas, siendo la nenita una combinación perfecta de sus padres.

Lara era todo lo que se podía desear de la futura reina de Icaris, y estaba siendo criada para ejercer su mandato con seriedad, elegancia y, sobre todo, amor a su pueblo.

Pero en todas las historias hay un suceso que cambia todo y hace que los héroes nazcan, que se erijan naciones y que nuevos horizontes se vuelvan presentes.

Para Icaris, fue una de las mayores tragedias...

Pese a que el nacimiento de la pequeña Lara fue un suceso acogedor y hermoso para los habitantes de Icaris, para el reino cercano de Blach significó perder la oportunidad de hacerse de la riqueza de «La nación del sol naciente».

El rey de Blach, Frederick, era primo de Calh, y se sabía que era el siguiente en línea para reinar Icaris después de su primo, en especial después de que el segundo hermano del rey Calh acogiera los hábitos y se convirtiera en párroco de un pequeño pueblo en Alusia. Frederick era el siguiente en la línea de sucesión, incluso cuando él era rey de una nación, era el más próximo para sentarse en el trono dorado y hacerse de la corona de oro que su primo ostentaba y la cual envidiaba.



Frederick, a diferencia de su primo Calh, no nació para reinar, era el segundo de los hijos del rey de Blach, no obstante, cuando su hermano mayor falleció debido a una rara enfermedad que lo dejó en cama durante meses, fue coronado, siendo tan joven como Calh. Al principio, cuando Frederick asumió su puesto, creyó que iba a encontrar un pueblo abnegado, que le obedecería y, sobre todo, un pueblo con muchos recursos, su sorpresa fue mayúscula cuando las finanzas de su reino fueron a la baja con cada año y, a diferencia del reino de Icaris el cual estaba iluminado por el sol, el suyo se perdió en la más funesta oscuridad, una oscuridad densa y turbia que se cernió sobre sus cielos, sobre sus campos secos y faltos de frutos, sobre sus bosques quemados y siniestros, sobre sus montañas sinuosas, llenas de rocas puntiagudas y sus valles secos.

Recibir las noticias de su reino vecino y saber que allí los prados eran verdes y fructíferos, hizo que su mandíbula se apretara. El rey Frederick no podía creer la suerte de su primo Calh, y sus celos crecieron cuando llegó a Icaris para presenciar la boda real y ver a la hermosa doncella con la que su primo se desposó.

«*Él lo tiene todo*» —pensó llevado por el rencor, el odio y los celos que se enquistaron en su corazón pequeño, que estaba tan negro como su reino.

No podía entender la suerte de su primo. Ese día se prometió que tendría todo lo que le pertenecía al rey Calh, que le quitaría el reino y al fin tendría el trono que se merecía, no obstante, con el nacimiento de Lara sus planes cambiaron, ya que su primo tenía un legítimo heredero, y no era él, no más.

Cuando le llegaron con la noticia del nacimiento de la princesa de Icaris, se prometió hacer todo lo posible para arrebatarse a esa pequeña niña lo que por nacimiento le correspondía.

Llevado por el rencor, elaboró un plan, un plan que lo llevaría a ser el rey del reino más próspero de los Siete Cielos, y no el rey de un feudo que se moría de hambre, en cuyas calles la delincuencia era el pan de cada día.

«*¿Y por qué solo detenerme con Icaris?*» —se preguntó cuando la más profunda de las noches lo arropó y se vio como el emperador de los Siete Cielos, como el dueño de todas las tierras.

Una sonrisa maliciosa se instaló en sus labios y aquella noche oscura pactó con su sombrío corazón, un pacto siniestro y el principio de la destrucción de los Siete Cielos.



Capítulo 3

Vicen que la ambición es mala consejera, pero al rey Frederick eso lo tenía sin cuidado y, en lugar de buscar cómo ejercer mejor su posición, ser el rey que debía tener Blach, decidió hacerse de un ejército, un ejército perverso lleno de delincuentes que en batalla no tenían escrúpulos y jugaban sucio, llevándolo a una victoria deshonrosa.



De a poco, Frederick se fue haciendo de algunos pueblos, «conquistándolos» a la fuerza, invadiéndolos, destruyendo, saqueando y haciendo mil barbaridades contra los habitantes de los diferentes reinos de los Siete Cielos.

Las naciones se defendían, trataban de cerrar sus fronteras, de alejarse de la guerra que estaba llevando a cabo Frederick contra todo aquel que se interpusiera en su camino, expandiendo sus dominios. Poco a poco fue ganando terreno, derrocando reyes. El primero en caer fue el reino de Rosaleas, un reino conocido por su esplendor, por su cultura, por sus múltiples artistas. Rosaleas no tenía ejército, era un pueblo pacífico y tranquilo, cuyos súbditos no tuvieron nada que hacer contra el ejército macabro lleno de rapiña del rey Frederick, quienes, rápidos, devastaron con la más mínima resistencia que pudieron oponer los habitantes de Rosaleas.

Después de Rosaleas, el reino de Trias cayó bajo el absoluto dominio de Frederick. Trias era un reino de intelectuales, la cuna de la ciencia, donde los filósofos y los científicos convivían y se dedicaban al arte de la observación del mundo, del cosmos, de la vida, de la ética, de la moral y... tampoco pudieron defenderse contra los delincuentes que conformaban el ejército de Frederick.

Cuando se sentó en el trono de Trias, una emoción lóbrega le anunció que estaba cerca de su objetivo, que podía lograrlo, que en poco tiempo se coronaría como el emperador de los Siete Cielos, que podía hacerse con todo lo que sus ojos alcanzaban a observar y ser el gobernante más rico, respetado y temido de todos los tiempos.



Sin embargo, ese pensamiento no duró tanto como le hubiese gustado, ya que cuando siguió con la conquista y trató de invadir el reino de Prus, este, que ya estaba preparado para la batalla, y en el cual había toda clase de habitantes, desde campesinos hasta soldados bien preparados, le hicieron frente y tuvo que retroceder el poco terreno del cual se apropió al principio de su travesía.

Pero Frederick no pensaba rendirse e ideó dar un golpe rotundo que no solo le devolvería las tierras de Prus que conquistó tiempo atrás, sino que también haría realidad uno de sus más grandes sueños: ser el rey legítimo de Icaris.



Capítulo 4

En el solsticio de invierno, en la noche más larga del año, Frederick preparó un ataque al reino de Prus, un ataque que sería ejecutado en la más densa de las neblinas, cuando nadie se lo esperase y, a su vez, una parte de su ejército se movilizó en la más oscura de las sombras hacia el reino de Icaris, dando dos golpes el mismo día, metiéndose en Icaris sin que nadie pudiese notarlos, hasta que fue muy tarde y el castillo fue invadido por los hombres de Frederick que, liderados por su rey, atacaron el castillo, el cual entró en guerra cuando el primero de los soldados los vislumbró dentro del gran jardín delantero, pero ya era muy tarde.



El pobre guardián apenas logró alertar a los demás, encendiendo «La llama que nunca muere», una llama que recorrió el castillo y que alertaba a todo el reino de la invasión, sin embargo, no fue suficiente, nada lo fue.

Los soldados corrieron y se pusieron en posición de ataque, los arqueros subieron a la torre y apuntaron contra el ejército de Frederick. Atacaron con empeño. Los guardianes del castillo lucharon con fiereza, por su nación, por el pueblo, por el rey, no obstante, los mercenarios que conformaron el ejército de Blach fueron mordaces, sanguinarios y no les importó jugar sucio, no tenían honor.

Ambos bandos blandieron sus espadas con aplomo, ambos crearon estrategias para lograr sus objetivos. El trinar de las espadas retumbaba chocando en la que debía de ser una noche callada y llena de estrellas, así como los gritos beligerantes de los fieles guerreros del ejército de «La nación del sol naciente» ensombrecieron el ambiente. El castillo ardía, los hombres luchaban tratando de cerrarles el paso a los mercenarios, el fuego incendiaba alrededor, las flechas volaban, y la paz que antes reinaba se vio violentada por la guerra.



Los guardias de Icaris fueron cayendo gracias a las mil tretas con las que estaban armados los mercenarios de Blach. El tintineo de las espadas de hierro poco a poco fue menguando.

En el interior del palacio, un pequeño grupo de soldados se adentraron para proteger a los reyes, para cuidarlos. Sin pensarlo, el jefe de la guardia entró a la habitación real, alertando a sus gobernantes de la infiltración del reino de Blach.

Con prisas, el rey Calh y la reina Izold fueron escoltados por un grupo de guardianes que estaban a su cuido, corriendo a través del castillo con lo indispensable para ser resguardados y que el plan de Frederick no se completase.

Los reyes corrían en medio del convoy en el que los mejores guardias del castillo los protegían, cogidos de la mano, con las respiraciones truculentas y los corazones encogidos, mirándose con infinito amor y terror por lo que le pudiese suceder al amor de su vida.

El rey miró a su alrededor cuando descendieron por las escaleras secretas, abriendo así el pasadizo que los mantendría fuera de la vista del malvado rey de Blach.

El corazón de Calh se detuvo al no ver a su pequeña, a su princesita. Todas aquellas cabezas armadas con cascos dorados que le rodeaban, lo marearon por un instante, en el que su reflejo se

vislumbró en los lustrosos metales, pero no había rastro de la pequeña.

—¡La princesa Lara! —exclamó el rey cuando vio que sus cuidadores solo los sacaban a ellos por unos pasillos ocultos dentro de la edificación del castillo, mientras el sonido de la batalla retumbaba en los grandes muros de piedra.

Un escalofrío recorrió el joven cuerpo de la reina y entendió la pieza que su mente le decía que algo no encajaba, la pieza restante para completar el puzle de aquel ataque: ellos nunca fueron el objetivo del malvado Frederick, él nunca planeó ir tras ellos, y por eso pudieron escapar. No, el objetivo de Frederick fue hacerse con la pequeña princesita.

El mismo rey de Blach, vestido con una capa grande, gruesa y negra que encubría su cuerpo y rostro, se metió en el castillo antes de que toda la guardia real estuviese alerta. Solo, recorrió los pasillos del castillo, luego de acabar con todos aquellos que se interpusieron con su *destino*, sin que nadie lo acompañase, subió hacia la torre norte, donde encontró a la princesa, dormida en sus aposentos.



Cuando la halló dormida sobre una cama mucho más grande que la suya, el enojo, la envidia y la codicia lo hicieron adentrarse en la habitación y sonreír con malicia, sabiendo que sus hombres le darían esa victoria y las venideras, sabiendo que ese era el día que tanto estuvo anhelando, el día en el que nacería el nuevo emperador de los Siete Cielos, había llegado.



Capítulo 5

Más atrás, antes de que los golpes fuesen ejecutados, Frederick se reunió con el comandante de los mercenarios de Blach, así como con la bruja oscura más poderosa del reino y uno de sus lacayos más sanguinarios y su mano derecha, apodado el Mil Pies, apodo que no solo hablaba de su rastrera forma, sino del veneno con el que doblegaba a sus presas, apenas en un roce en el que solo sentían un ligero picor, para luego ser envueltos por sus argucias, por ese cuerpo lánguido y siniestro que con solo una sonrisa a su presa ocasionaba que estos temieran a siquiera observar su rostro cetrino.

En esa reunión, Frederick consiguió la última pieza que le hacía falta para ejecutar su plan, para adueñarse por fin del reino de Icaris, para arrebatárles el sol a su primo y a su delicada *princesita*.

—Fue difícil encontrarlo —comentó Mil Pies, desarticulando el cuello, tronando sus cervicales, con esa sonrisa tan propia en su rostro que le confería un halo macabro a sus gestos, tintando sus facciones de sombras que acrecentaban la oscuridad de su alma.

Frederick se irguió en su trono y sonrió sabiéndose vencedor.

Con esa arma secreta, que se creía solo era una leyenda, podía hacerse con los Siete Cielos y todo cuanto hubiese más allá del horizonte.

Sería el dueño del sol, de la tierra, de la luna, del cielo, de las estrellas y, sobre todo, de cada alma que habitaba en sus dominios, esclavizando a todo niño, joven, adulto y viejo que viviese en la tierra.



—Solo hay un problema... —añadió Mil Pies, ladeando la cabeza de una forma extraña, un movimiento casi inhumano.

La bruja oscura, incluso con todo lo que había visto durante sus más de ciento ochenta años de vida, jamás se topó con un espécimen tan peculiar como Mil Pies, quien sonreía dejando ver sus afilados dientes pequeños, como los de una piraña. Su gesto se arrugó al observarlo y un escalofrío la recorrió desde la planta de los pies, hasta sacudir sus hombros.

Frederick se rascó la barbilla, esa barbilla perfilada, cubierta por una barba espesa, negra, tan negra como sus ojos que ni la luz más fuerte lograba sacar de la penumbra, pese a que su piel era nivea, tan clara como la luz de la luna, Frederick no trasmitía luz, era un hombre cuya alma atormentada por la codicia y el odio traspasaba el interior de su ser y se proyectaba en su rostro, cuya belleza inigualable no era capaz de proveer de paz a quien se atreviese a mirarlo por un segundo.

El general de los mercenarios esperó impasible a que su rey exteriorizase esa idea que les daría la victoria. Frederick había cumplido con su ejército desde el principio, dándoles tierras, títulos y todo lo que sus codiciosos cerebros anhelasen, les dio todo lo que querían y más. Supo al ver los ojos oscuros de su rey, esos ojos donde ni siquiera se distinguía la pupila, que estaban cerca de llegar al fin de su cruzada, y al principio de una vida llena de riquezas y dicha, donde su pecaminosa alma se satisficiera con todo lo que siempre quiso tener, incluso con lo que nunca se atrevió a soñar.

—¿Cuál problema? —preguntó el gobernante, observando con petulancia a Mil Pies.

—Que es indomable —respondió este, quedándose quieto, proyectando más las sombras bajo sus ojos y pómulos, dando el aspecto de un cadáver viviente.

Frederick miró a su mano derecha y asintió.

—Contaba con ello —respondió poniéndose en pie, estirándose cuan alto era, engrosando sus hombros anchos y redondos, su espalda desarticulada y erguida, proyectando su presencia por La sala del rey, la sala lúgubre en la que su trono negro, hecho de hierro, aguardaba a que dominase todo lo que su alma retorcida sabía que le pertenecía—. No lo querría si fuera dócil. Quiero una fiera, que nadie lo pueda someter, que le teman, que teman lo que les pueda hacer, que tiemblen al saber que me pertenece. Quiero que me vuelva el rey más temido, que nadie se atreva a sublevarse, o sepan que se atienen a las llamas del infierno, donde arderán —exclamó y su voz resonó en toda la sala.

La bruja sonrió satisfecha, así como el general. Estaban frente al futuro emperador, no les quedó duda, al mirar la armadura negra que cubría el cuerpo de Frederick, al ver el porte majestuoso de su ser, al descubrir el último de sus planes y saber que nadie podría con el reino de Blach, esa nación que fue subestimada por todos, que los dioses relegaron y olvidaron, como si no existiera, o peor... Pero su rey los llevaría a la más dulce de las victorias.

Frederick cerró los ojos, aspiró profundo y un rayo eléctrico recorrió su cuerpo, llenándolo de energía, reconociendo en aquel sentimiento su triunfo.

Ganaría, se haría con el poder de Icaris, con lo máspreciado para «La nación del sol naciente», derrotaría al reino de Prus, y luego, se convertiría en emperador.





Capítulo 6

La pequeña Lara solo tenía catorce años cuando se desató la batalla dentro del castillo, solo tenía catorce años cuando, sin poder saberlo, su camino para convertirse en una heroína se inició; un camino sinuoso y lleno de dificultades.



Frederick la observó por un momento, admiró su cuerpo pequeño y delgado, envuelto por una fina tela de seda, mullida y gruesa, que resguardaba a la princesita de las intemperancias del clima, de los vientos gélidos del invierno, y de la oscuridad que se cernía en el castillo. La luna se filtraba por la ventana, con las cortinas de lino blanco ondeando. Frederick la miró por un instante, y el odio creció en su interior. Era una niña muy bonita, una niña preciosa, una niña besada por el sol, en cuyo cabello se podía ver el regalo de la buena fortuna, en cuya cabeza resplandecía el halo de la virtud. Era la niña elegida por los dioses, la niña que podía doblegar y manipular sus deseos hasta devolverlo a su trono de hierro negro, donde solo sería el rey de una nación sin prosperidad, un rey derrotado por una pequeña princesita que nació con la bendición de los dioses. Y él no estaba dispuesto a permitir que ellos eligieran, Frederick quería todo lo que esa niña, que dormía ajena a todo, tenía; quería su luz, quería que Icaris se inclinara ante él, como lo hicieron cuando la nenita fue presentada cuando solo tenía unas horas de vida.

Los ojos de Lara se abrieron, al saberse observada, pese a las alarmas que se encendieron en su cerebro al sentir la presencia de Frederick, no pudo hacer nada cuando miró por primera vez al hombre que encaminaría su destino, el hombre que la privaría de los brazos de sus padres, que la relegaría de la vida llena de sabores que le esperaban al ser la hija del sol, al ser la hija de Icaris.

Sus miradas se encontraron y la oscura se tiñó de odio, un odio que se enroscó por completo en el cuello níveo de la niña, para dejarla sin poder respirar, hasta que perdió la consciencia, sin poder hacer nada más que coger el antebrazo caliente y duro de Frederick, rogando con sus ojos celestes para que la dejase vivir, para que no le hiciera nada, pese a que se topó con el muro aciago del rey de Blach, un muro en donde, pese a su inocencia y su inmadurez, se dio cuenta de la realidad, de ese futuro que no adjuraba nada bueno para los días venideros.

Esa misma noche, cuando los ojos de Lara perdieron la luz de la consciencia, Frederick la secuestró, sabiendo que sería la única cosa que impediría que Icaris se revelara y dejara que se sentara en el trono, mientras tuviera a la princesita en sus manos, podía doblegar a su primo Calh, podía hacer que este le cediera el trono, sin necesidad de meterse a la guerra, porque él ya había ganado, porque en el fondo, Frederick sabía que era la única manera de hacerse con uno de los reinos más grande y fuerte de los Siete Cielos, y el que más ansiaba gobernar.

Además, si la tenía a ella..., si tenía a la pequeña princesita de mejillas tan cremosas como el pétalo de una rosa, podía legitimar su trono, podía blandir el estandarte de Icaris como su verdadero rey, sin que la ley se lo impidiese, sin que nadie cuestionase su reinado, si tenía a la princesita, podía controlarlo todo, podía hacer uso de sus recursos, podía doblegar a su primo, el usurpador de tronos, el rey del trono que siempre debió ser suyo. No, de ninguna manera permitiría que le quitaran lo que ya le pertenecía.



Mientras caminaba hacia el trono, con una sonrisa perversa en su rostro, y los ojos perdidos en la embriaguez de la victoria, la pequeña Lara fue sacada del castillo y llevada por un desconocido hacia el viejo *palacio* de Blach, arrastrándola, para luego ser metida en un carruaje que esperaba cerca del bosque prohibido del rey, un bosque lleno de vegetación donde el carruaje se perdió en la oscuridad de la noche, en la más profunda de las neblinas, pasando las fronteras de los reinos e ingresando a la inhóspita y árida nación de Blach, donde pasaría mucho tiempo, donde el sol no volvería a iluminar su cabello blanquecino, donde el color rosado de sus mejillas se esfumaría y sus labios rojos se agrietarían, donde su único compañero sería la soledad y la miseria, o al menos eso es lo que pensó Frederick mientras caminaba al trono dorado, ese trono que tanto ansiaba poseer.



Capítulo 7

La carreta en la que la pobre princesita era transportada se detuvo a las puertas del viejo y derruido Palacio de Blach, un palacio que llevaba años deshabitado, un palacio de paredes rocosas llenas de tierra, telarañas y moho, paredes heladas y duras que no proveían de la serenidad y acogida que tenían las del palacio de Icaris, ese palacio que recorrió en su totalidad desde que fue una nenita, que conocía como la palma de su mano, ese palacio donde fue feliz, donde rio, correteó, jugó y fue dichosa al lado de sus padres.



En la más lúgubre madrugada, después de más de un día de viaje, donde fue sometida a la más lamentable de las situaciones, en la que la amordazaron, amarraron y metieron dentro de un baúl de madera roída, Lara fue encerrada en la torre más alta y fría del viejo castillo de Blach.

Gritó, lloró y llamó a la puerta sólida que conformaba su celda, una celda solitaria, en la que un catre maltrecho, junto con una librería de libros antiguos y una cómoda sin cajones, conformaban toda la decoración.

Lara gimoteó dolida por su futuro, pensando en sus padres y su destino separados, mil ideas cruzaron por su atribulada mente, mil ideas que enviaron escalofríos intensos por su cuerpo y el frío del invierno calaron en sus huesos, haciéndola tiritar hasta perder la voz, con el llanto que quedó atascado en su alma, que la llevó al suelo, resbalándose y sufriendo con su nueva vida, una vida donde la luz del sol no la favorecía, donde toda la negrura del alma de sus captores la envolvió y asfixió.

Inconsolable, la princesita se quedó tiritando de dolor y frío en el suelo de su celda, sabiendo que su escape no sería nada sencillo, pese a que una voccecita pequeña y dulce le susurró palabras de aliento para que no perdiese la esperanza, para que la fe y la luz en su alma no se difuminase con la fúnebre estancia que la acogía.



Pestañeó, perdida, en la opresión de su pecho, hasta que el aleteo sonoro hizo retumbar el castillo. Su llanto se detuvo, su boquita blanquecida y resquebrajada por la falta de alimentos y agua se abrió y sus ojos se enfocaron en la única ventana que tenía la torre, una ventana grande, por donde el frío invernal se adentraba y dejaba ver el paisaje lóbrego y desolado del reino de Blach.

El sonido se hizo más fuerte, y el viento torrencial entró por la ventana, soplando y enfriando más la habitación.



Lara se agitó, su cuerpo perdió calor, sus ojos se entornaron cuando el viento los arañó, puso una palma frente a su rostro para evitar ser lastimada por la ventisca que metió hojas secas en la habitación, revolviendo todo el interior, haciendo que los libros tirados en el suelo se abrieran y sus hojas agitadas ensordecieran el silencio mortecino que segundos atrás dominaba su dolor.

Entre sus dedos y sus párpados entrecerrados, pudo ver algo, algo que detuvo su corazón.

Su boca se secó por completo y dejó de respirar.

No, no podía ser verdad... La criatura que tenía frente a sus ojos solo era el producto de su mente dañada, de su alma quebrantada, de sus ojos llorosos, no era verdad. O eso se dijo, porque a sus catorce años sabía lo que era real, las criaturas que existían y las que solo estaban plasmadas en los cuentos de hadas que su madre le contaba antes de dormir cuando era más pequeña.

Pero no, aquellas alas monstruosas de murciélago del color del zafiro eran reales, y se movían, cada vez más cerca, incrementando la velocidad de la ventisca que revolvió sus cabellos blancos, que pegó su camisón de la más fina tela a su cuerpo enjuto en el suelo.

Sus ojos se quedaron maravillados ante el aleteo de esas alas y, cuando la bestia se acercó más, pudo verlo volar. Su cuerpo serpenteó por la torre, mostrándose ante la atónita princesa que enmudeció con la cercanía de la bestia.

Pudo verlo, lo miró llena de incredulidad y asombro.

La bestia era grandísima, tan larga como la torre en la que se encontraba, con una cola puntiaguda que parecía la punta de una lanza, una lanza con un rombo metálico azul zafiro, las escamas relucían en la oscuridad de la madrugada, esa madrugada oscura que lo engullía todo a su alrededor, en la que ni siquiera la tenue luz de la luna que se filtraba por las nubes espesas de la noche, lograba escanear lo que había más allá de la ventana, no obstante, las escamas de la bestia refulgían y centellaban en mil reflejos celestes y azules que se volvían más oscuros con cada movimiento del cuerpo de serpiente de la bestia, ese cuerpo grande, grueso y fuerte, que parecía estar forjado con el más fino y macizo de los hierros, dándole a los bordes de sus alas de murciélago una especie de intrincado diseño en el que sus cartílagos estiraban con elegancia las majestuosas alas.

Lara abrió bien los ojos al ver el cuerpo largo de la bestia, sin importar que el viento le irritase las escleróticas y le mojasen las mejillas pálidas. La bestia voló tan cerca de la ventana que pudo ver su cráneo grande, lleno de escamas que parecían plumas de lo largas y afiladas que eran, con esos cuernos espinosos que hacían que sus ojos amarillentos con las pupilas negras, y los iris celestes fuesen más intimidantes.



Sus miradas, la de la bestia y la de la princesita, conectaron por un instante en el que su corazón reanudó las marchas a toda velocidad y el asombro la dominó, hasta llevarla a levantarse del suelo y acercarse a la ventana para observar mejor a aquel espécimen que solo conocía por los cuentos de hadas.



Deslumbrada, miró a la bestia sobrevolar alrededor de la torre, hasta que se asentó con un estruendo en la cúpula, sobre el techo que cubría su cabeza, haciendo que el castillo se tambaleara y que el polvo bañara su cabello cuando las patas grandes, con enormes garras, se postraron sobre la torre, alejando a todo aquel que quisiera acercarse a esta, provocando gran temor al ver al monstruo terrorífico que custodiaba a la princesa de Icaris, que la mantenía presa.

Lara se quedó observando la cola del reptil enorme que estaba sobre su

cabeza, como su carcelero. Miró la cola de lanza del animal, el color vivo que brillaba pese a la oscuridad, y temió... temió porque entendió que no podría escapar de la torre, porque sus captores no solo eran aquel hombre de mirada oscura que la despertó para robarla de su lecho, sino también aquella bestia que no dudaría en fulminar a todos con su aliento de fuego, después de todo, un dragón custodiaba su encierro, un dragón enorme, fiero e intimidante que no dejaría pasar a sus rescatadores, que la mantendría presa hasta el final de sus días.

El peso de su futuro terminó de hacer caer sus hombros, debilitando su valor, minando su fe y, finiquitando su inocencia, porque ese día, dejó de ser una princesita, dejó de ser la princesa Lara de Icaris, para convertirse en una joven apresada en una torre alta de un palacio en ruinas, hundido en la más oscura de las penumbras, acechada por la bestia más temida de la mitología, de los cuentos, una bestia que no dudaría en carbonizar hasta el caballero más valiente que intentase rescatarla del suplicio.

El dragón abrió su boca y emitió un sonido grave, gutural, profundo y aterrador que hizo temblar los cimientos del castillo, que avisó a todos los curiosos que esos eran sus dominios y que nadie podía invadirlos. Un sonido que hizo eco en los oídos de Lara.

Se quedó quieta, mirando a la nada, a la luna cubierta de nubes espesas.

Esa era su nueva vida, una vida plagada de desventura, de melancolía y pavor.





Capítulo 8

Antes de que la humanidad se expandiera por los Siete Cielos, las tierras estaban llenas con criaturas majestuosas que surcaban los cielos, cabalgaban y trotaban sobre los prados y nadaban en los ríos, lagos y mares.



Eran tierras prósperas para la fauna, donde la flora ayudaba al florecimiento de las diversas criaturas que encontraron la perfecta simbiosis para convivir.

Los dragones grandes y fuertes eran las bestias más intimidantes a lo largo de los Siete Cielos, pero también eran inteligentes, no eran criaturas normales. Sí, poseían todo el carácter intimidante del que se les dotaba en los cuentos de hadas, no solo volaban por los cielos a gran velocidad, sino que también podían devorar hasta el animal más grande que habitaba la tierra o el mar, y de su boca salía el más caliente de los fuegos, capaz de calcinar su objetivo hasta reducirlo a cenizas. Sin embargo, los dragones coexistían con las demás criaturas porque poseían sabiduría y alma, un alma que les hacía capaz de entender que todos los habitantes de los Siete Cielos merecían ser valorados, que sus vidas tenían un significado. Eran más que simples animales, más que bestias a las cuales temer.

Grandes dragones navegaban los cielos cuando los humanos llegaron. Los pueblos fueron creciendo, poco a poco acabaron con las criaturas, devastaron los prados, sometieron el paisaje y no fue diferente con los dragones.

Los humanos eran crueles y, armados con lanzas de puntas filosas, comenzaron a cazar a todas las bestias, muchas veces por deporte, como si sus vidas no importaran.



Los dragones comenzaron a defender a los indefensos, trataron de alejar a los humanos, sabiendo que sus alientos calientes y el fuego en sus bocas sería suficiente para lograr tal objetivo, hasta que no lo fue...

Los humanos comprendieron rápido lo que se necesitaba para convertirse en los dueños de los Siete Cielos y la caza y domesticación de los dragones inició.

Al principio, la masacre contra los dragones fue algo sin precedentes. Las tribus humanas se aliaron y entre muchos, ocupando todo tipo de armas rupestres, cazaron a una dragona que, a punto de dar vida a otro dragón, se refugió en una cueva rocosa en la cima de una montaña aciaga donde los humanos no llegaban, o eso creyó, hasta que la encontraron, mataron y se robaron a sus crías, para convertirlas en una nueva especie que domesticar a base de latigazos y maltratos.

Los dragones trataron de liberar a sus hermanos, a esos bebés dragón que estaban siendo sometidos por esa especie que no tenía respeto por la naturaleza.



Volaron sobre los poblados, quemaron aldeas, aullaron y rugieron pidiendo que devolvieran a esos pequeños dragoncitos que rogaban por ser rescatados, pero no consiguieron más que muertes.

Dragones cayeron cuando armas grandes y fuertes fueron creadas, lanzas de hierro que eran lanzadas desde tierra y que impactaron contra el primer dragón que se derrumbó cayendo estrepitosamente a la tierra, el cual fue rodeado y acabado en ese mismo momento. A ese primer derrocamiento se le unieron muchos más, provocando que las bestias se olvidaran de su amor por todas las criaturas, por todas las bestias salvajes que habitaban los Siete Cielos y reaccionaran como los salvajes humanos que los atacaban, creando mil estratagemas para acabar con la raza humana, socavando poblados, rugiendo y atacando, incluso, a las personas inocentes, olvidándose poco a poco de su sentido de la justicia y deber para con la naturaleza. La guerra entre dragones y humanos se libró por muchos años, hasta que, poco a poco, los dragones fueron mermando, y no se supo más de las bestias.

Los Siete Cielos fueron dominados por los humanos y poco a poco las naciones se erigieron, y solo quedaron los mitos y las leyendas, leyendas que con el paso del tiempo fueron consideradas meras fantasías, sin saber que una pequeña parte de ellos vivía más allá de los trovadores, de los historiadores que los describían en papiros, considerándolos como seres mitológicos.



No obstante, sus alas seguían agitándose, explorando las nubes y el cielo, ese cielo que les pertenecía gracias a que ningún humano lo invadió. Al verse disminuidos, los dragones se recluyeron en una pequeña isla al sur de Prus que les servía para refugiarse del depredador más grande que ha existido en los tiempos: el ser humano.

Pese a ello, los dragones ya no volvieron a ser los mismos, perdieron su capacidad de amar, de ser justos con las criaturas inferiores y se convirtieron en bestias salvajes que no obedecían ante nada ni nadie.

Poco a poco los dragones dejaron de ser criaturas amables, y cuando Mil Pies los encontró, no pudo más que relamer sus dientes filosos y aprovecharse del primer dragón que encontró, el cual anestesió para llevárselo al abrigo de la noche, evitando alertar a las demás bestias que, valga decir, eran más grandes e intimidantes, puesto que se llevó a un joven dragón, no tan grande ni intimidante como otras bestias que medían más, que con un solo zarpazo de su cola podían acabar con su vida.



Mil Pies, con su astucia y lleno de argucias, se llevó al dragón, mismo que pensaba ocupar para que Frederick se convirtiera en el próximo emperador, uno que estaría a la altura de aquella bestia que arrastró por la tierra ayudándose de una parte del ejército de su señor, que apresó al dragón y rodearon al animal con cadenas grandes y gruesas que contribuyeron a mantener a la bestia bajo su dominio, pese a que esta, en medio de la ensoñación se agitaba y abría el hocico para dejar salir pequeñas bolas de fuego que acabaron con más de alguno de sus hombres, hasta que lo soltó en el bosque de Aran, el bosque lúgubre e inhóspito que separaba a Icaris de Blach y donde el viejo castillo se asentaba, derruido, con una princesita encerrada en la torre más alta.

Mil Pies sonrió, una sonrisa macabra en la que su rostro se asemejó al de una calavera y observó, divertido, cómo el dragón volaba y se colocaba, embravecido y asustado sobre la torre donde la princesa yacía encerrada.

—Perfecto —susurró y, ocultándose en la sombra de los árboles, dejó atrás el bosque de Aran,

sabiendo que nadie ni nada se acercaría a aquel castillo.

«Ya nada ni nadie podrá ayudar a la princesita» —pensó emocionado, desarticulando su cuello delgado y cetrino, sabiendo que la victoria de su rey estaba consolidada con aquella bestia.



Capítulo 9

La primera noche que pasó en la torre no dejó de llorar, de clamar por auxilio, temerosa. Supo que nadie acudiría al llamado de sus gritos, que más de una vez quedaron soterrados bajo el bramido grave del dragón que hacía retumbar los cimientos del castillo.



Lara se encogió en el suelo con cada atronador rugido. Nunca en su vida sintió tanto miedo ni cuando, curiosa, se escapó al jardín este del castillo, justo detrás de las caballerizas, y se encontró de frente con una serpiente que, enroscada, alzó su gran cabeza con forma de flecha, dispuesta a atacar a una pequeña princesa de nueve años que se quedó paralizada de miedo.

Siempre se dijo que era valiente, que era una niña intrépida, y tal vez para su posición lo era, pese a que, en ese momento, con la oscuridad rodeándola, en esa fría celda que era la torre de piedra, entendió que tenía miedo, que estaba apabullada, no solo por la suerte de su futuro, sino por la bestia que con cada movimiento de sus garras hacía que el techo sobre su cabeza desprendiera polvo e, incluso, pequeñas rocas.

Todo a su alrededor crujía, el aire en sus pulmones escaseaba con cada lamento, tiritaba del frío, del hambre, su pecho se congestionó, su corazón se estrujó, sus ojos ardían con las lágrimas derramadas.

No podía más, su nueva realidad la acogió como el más cruel de los castigos, y su fe menguó a pasos agigantados.

Se durmió en medio de tanta incertidumbre, con el cuerpo y el alma adolorida, encogida en el suelo, pegándose a la pared para evitar que alguna piedrecita le cayera en su nevada cabecita.

Durmió pocas horas, sin saber ni cómo cayó rendida ante el cansancio de su mente y cuerpo, hasta que, un rayo de luz iluminó parte de la estancia, un rayo tenue y dulce que se coló en medio de las sombrías nubes oscuras que ennegrecían el cielo de Blach.



El inesperado rayo la hizo pestañear antes de entender dónde se encontraba.

Sus ojos entre grises y celestes se abrieron y observó la estancia por completo, encontrándose con una habitación carente de vida, de lujos, y de cualquier comodidad que hicieran su vida, mínimamente, llevadera.

Tras un largo suspiro, sus pupilas volvieron al rayo de luz, estiró una mano, sintiendo la tristeza devorar su alma, hasta que sus dedos se calentaron con el haz de luz que entraba iluminando el sendero que siguieron sus ojos.

Subió la cabeza y se topó con la ventana, una ventana grande, casi tan grande como una puerta, abarrotada por un enrejado grueso y roído que el tiempo y el óxido tenían estropeado.

La princesa se hincó, sin saber bien qué la llevó a observar su alrededor, pese a que su corazón latió con más fuerza y su respiración se hizo más profunda. Su gesto se petrificó al tiempo que su alma se alborotó.

Oteó el cielo, el manto lóbrego que teñía las nubes de negro y diferentes tonos de grises que en Icaris debían ser blancas y esponjosas, miró más allá del enrejado metálico y estropeado, observando el bosque de Aran, el bosque al que todos los aldeanos de Icaris tenían temor de ingresar, no solo por lo inhóspito del camino, sino también porque era habitado por muchas criaturas, cada una más peligrosa que la anterior.

La cola grande, puntiaguda y azul obstruyó sus ojos por unos minutos.



El dragón yacía dormido sobre la torre, la única superficie en lo alto donde pudo descansar, ya que los dragones buscaban lugares altos y helados para pernoctar.

La princesa se levantó y se acercó a la ventana, sin saber qué la movió a hacerlo. Su cabello blanco bailó con el viento provocado por la cola del gran reptil, pese a que no la frenó, hasta que sus pies se detuvieron cerca de la ventana.

Los ojos grises de Lara admiraron la cola de la bestia que, hasta el día anterior, creyó solo parte de la fantasía de los cuentos para niños. Su boca agrietada se abrió y, maravillada, estudió las escamas tornasoladas de la bestia.

Una descarga de energía activó su cuerpo. Cerró los párpados y aspiró profundo.

La vocecita en su cabeza le dijo que no debía perder las esperanzas, que no importaba cuán oscuro estuviese el cielo, ni cuantas nubes trataran de cubrir el sol, el astro rey siempre la alumbraría, siempre calentaría su piel e iluminaría su camino.



Llevó una mano a los barrotes y oteando las afueras del castillo, se prometió, pese al miedo que aún oprimía su pecho, que buscaría la salida, que encontraría la forma de volver a sus padres, de cumplir con su propósito en la vida.

Admirando la cola larga del dragón, se irguió como la princesa que era, abandonando para siempre a la niña que sollozaba minutos atrás, que sentía la desventura de esa situación en la que un malvado hombre la sometió.

Ella era la princesa de Icaris, una jovencita que desde su nacimiento fue reconocida como la hija del sol, como la próxima mandataria de «La nación del sol naciente» y no estaba dispuesta a permitir que nadie le robase su futuro.

Consciente de que no sabía cómo lo iba a lograr, que le esperaba un largo camino para ejecutar su escapada, sacó la mano por la ventada y el calor del rayo del sol la calentó por completo.

Cerró los ojos, decidida a no dejarse vencer ni por el miedo ni por las circunstancias.

Sin querer, la punta de sus dedos rozó las escamas de la cola del dragón y una sensación extraña la embargó.

La pequeña princesa abrió los párpados y, asombrada, dejó que las puntas de sus dedos exploraran la superficie azul que se asentó frente a su mano.

Sin pensarlo, acarició a la bestia, solo fue una ligera caricia antes de que el dragón se meneara y cambiara la postura, alejando su cola.

Lara sonrió, sentir la textura única de la piel de la bestia le hizo sonreír, no estaba segura de la razón, pero la calma acogió su corazón y la soledad que rodeaba la torre se difuminó.

Iba a lograrlo...

«No pierdas la fe, princesita» —escuchó esa voz dulce y melódica, esa voz que la reconfortó y le ayudó a tranquilizarse pese a las circunstancias.



Capítulo 10

Mientras Lara era sacada del castillo y transportada por el bosque de Aran, los reyes de Icaris tuvieron que huir del castillo, sin saber que la pequeña princesa estaba en manos de su cruel primo.



Huyeron al abrigo de la noche, cruzando los diferentes pasillos secretos que eran un laberinto bajo los cimientos del palacio, hasta que salieron y encontraron refugio. Los reyes se miraron por un segundo, compartiendo su sentir, donde el miedo, la impotencia y la rabia hizo brillar sus pupilas. Temieron por su hija, por su pueblo que en ese momento estaba despertando con el ruido de la batalla y la llama que rodeaba el castillo y alertaba del peligro. La impotencia alteró sus latidos, sabían que, en ese momento, no podían hacer nada, que no podían ir por su pequeña princesita, que no podían defender a su pueblo. La rabia los invadió, Izold derramó varias lágrimas que acariciaron sus mejillas arrojadas, pese a que su mueca reflejaba el enojo que hacía bullir su sangre, que advertía su sentir de madre y reina.

—No nos ha derrotado, mi reina —indicó el rey Calh con decisión, con el rostro sereno, pese a que su corazón retumbaba dentro de su pecho, pese a que su cabeza se puso a funcionar con mil pensamientos pululando dentro de su cerebro, pese a que supo que en ese momento estaba en desventaja.

«*Aún no hemos caído*» —reafirmó Calh en su fuero interno.

Limpio la mejilla de su mujer y, con una mirada cargada de sentimientos, se dijeron todo lo que con palabras sería insuficiente, guardando una promesa en sus corazones de recuperar su reino y a su pequeña.



* * *

El castillo retumbó ante la fuerza del ataque del ejército de Blach, alertados por la inminente guerra, los aldeanos temblaron y clamaron a los dioses por la familia real, pese a que no tardaron en ser espolcados por la tropa de criminales del rey de Blach, quienes, voraces, saquearon casas y golpearon a todo a quien se interpusiere en su camino, riendo cada que uno de sus compañeros salían del palacio cubiertos de sangre, victoriosos y gritando a los cuatro vientos la derrota del rey de Icaris.



No hubo defensa posible, el ejército de «La nación del sol naciente» no estaba preparado para el ataque y solo lograron contener el perjuicio a la ciudad, evitando que los mercenarios avanzaran por el resto de la nación.

Frederick regresó al castillo luego de sacar a la princesa, luego de encargarla para que la enviaran directo a Blach y, sabiéndose vencedor, caminó directo a La sala del trono, donde su primo se había sentado hasta ese día.

Lleno de energía, con la cabeza en alto, y con la luna iluminando sus pasos, abrió las puertas dobles de La sala del trono y sonrió con malicia al otear alrededor.

La Sala era grande, inmensa, y estaba recubierta de dorado, con grandes columnas decoradas que sostenían la edificación y, al fondo, enormes cristaleras hermosas donde se podía ver el reino de Icaris.

El trono dorado dominaba la decoración. Frederick caminó con aire retador, subió las escaleras, se despojó de la capa que cubría su armadura, casi la misma que llevaban los miembros de su ejército y, con entera satisfacción, sin quitar la sonrisa de su rostro, se sentó en el trono que le pertenecía a su primo.

Finalmente, lo tenía.

Sus dedos recorrieron la superficie de los reposabrazos, su cuerpo alto y musculoso resaltó con el dorado del trono y se sintió dueño y amo de Icaris, después de todo lo era, había vencido a su primo, tenía su preciosa princesita y con ella en su poder, nadie se atrevería a quitarle el trono, no cuando supieran la realidad que le esperaba a la niñita de atreverse a contradecirlo.

Se recreó en esa sensación oscura que se anidó en su alma y se felicitó por su buen proceder, porque desde ese momento, era el emperador de los Siete Cielos, después de todo, con Icaris en su poder, nadie podría hacerle nada, nadie le robaría lo que ya le pertenecía por derecho.



Capítulo 11

Los días comenzaron a pasar, Blach le declaró la guerra a todo aquel que no quisiera rendirse a su reinado. Su tropa de mercenarios no dudó en hacer ver las consecuencias a todo aquel que no obedecía al recién coronado «emperador Frederick de Blach».

Dominando el reino más fuerte de los Siete Cielos, Icaris, y después de la victoria ante el reino de Prus, las demás naciones que seguían resistiendo no pudieron ir en contra de Frederick.



Los Siete Cielos estaban en su poder, él era su emperador. Nadie podía hacer nada para contradecirlo.

Sentado en el trono dorado de Icaris, se coronó como el emperador de los Siete Cielos. Sus mercenarios lo aclamaron, el reino de Blach se alzó por encima de todos, invadiendo tierras, saqueando, y maltratando a todo aquel que no quisiera seguir sus órdenes. Poco a poco, los feudos vecinos se vieron sometidos por el mandato del emperador, poco a poco la resistencia cayó. Ningún reino tenía armas ni estrategias para luchar contra el ejército de criminales que no temía liquidar a la mínima provocación.

El terror y la incertidumbre creció, pese a que también se forjó la unión, la unión entre los reinos que, sin que el emperador lo imaginara, poco a poco se formó una alianza para crear la rebelión, para hacer frente a Frederick. De los distintos reinos viajaron a la única zona segura que, escondida en la helada y seca Tondrá, Icaris, tenía lugar el último eslabón de resistencia de los Siete Cielos, donde el legítimo rey de «La nación del sol naciente» se hizo de su propio ejército, no solo hijos del sol, sino también aldeanos de todas las naciones que acudieron a él en busca de ayuda, cobijo, deseosos de servir al verdadero rey de Icaris, confiando que solo bajo la estrategia de Calh podrían derrotar a Frederick. A Calh se unieron varios gobernantes y consejeros de todas las naciones, pese a que la mayoría de los reyes fueron ejecutados a manos de Frederick.



El manto gris que antes cubría Blach se extendió por los Siete Cielos, presagiando el futuro funesto que los esperaba.



Capítulo 12

A



trapada en su torre alta y llena con la nueva resolución que coloreó sus mejillas, Lara comenzó a estudiar la torre, su habitación. Su madre le heredó el físico, su elegancia innata, su sensibilidad, y mucho más, sin embargo, su padre le dio la capacidad de pensar, de razonar y sacar fuerza para cavilar en la mejor opción, en la estrategia más adecuada para llevar a cabo un plan. Calh se encargó de instruir a su hija, no solo le hizo leer muchos papiros sobre política, sobre estrategia militar, sobre economía y muchas otras materias que un rey debía conocer, sino que también hizo que ella participara en las asambleas con el Consejo del rey, hizo que la pequeña diese su opinión cuando los hombres se marchaban y le planteaba retos para que ella pensase qué hacer si algo no sucedía como deseaba. La princesa estuvo presente cuando Calh implementó las primeras estrategias para evitar que Frederick y su ejército asaltara los poblados de Icaris que estaban más cercanos a Blach, incluso pudo apreciar uno de los puntos débiles que tenía la guardia de Icaris en una de las fronteras cercanas a Tondrá. Estuvo de acuerdo que la protección de las aldeas era necesaria, por eso habló con su padre para que enviaran soldados que antes vigilaban el castillo hacia una de las aldeas más desprotegidas. El rey sonrió al ver que la princesa había comprendido que el reino era más importante que la realeza y como tal, debían protegerlos. Nadie se imaginó que en aquel frío solsticio de invierno el palacio fuera el que terminara bajo el dominio de Blach, nadie vio que Frederick se aprovechó de un punto ciego para meter a su ejército de criminales y llegar hasta el castillo, tomando a Icaris a la fuerza, no desde abajo, como hizo en todos los demás reinos, sino desde la punta, aniquilando casi cualquier ataque que pudiesen quitarle el trono dorado.

Cuando Lara se logró recuperar de la tristeza y de todos los sentimientos que empañaron su corazón luego de ser secuestrada, alzó la cabeza y su mente se llenó de mil ideas y planes para liberarse. No, no iba a esperar que nadie de fuera llegase a rescatarla, después de todo, no sabía qué había sucedido en Icaris ni cómo estaban sus padres ni si alguien sabía que seguía con vida. Se dijo que no iba a esperar, que lo iba a hacer ella sola.

Un fuerte corrientazo activó su cuerpo al comprender la magnitud de sus circunstancias, ella no era una dama más en peligro, encerrada en una torre alta, vigilada por un grupo de mercenarios y un dragón. Ella era más que una chiquilla, era más que una dama de cuna de oro, era más que una niña temerosa que tiembla en el suelo, era más de lo que parecía.

Tras un largo suspiro en el que entendió que su futuro estaba en sus manos, caviló sobre cuál sería su siguiente movimiento. Lo primero que hizo fue ordenar y limpiar la torre, no solo para sentirse mejor, sino porque quería saber si alguna cosa que estaba en la habitación podía serle útil.

Sus captores no le daban más que un pan duro y un vaso con agua dos veces al día, algunas veces también le daban un tazón de avena. La comida le era pasada por una compuerta pequeña que había al lado de la puerta, una puerta sólida de madera que, por más que trató de empujar, no se movió ni un poco.

Analizó todo, ordenó la estancia por completo, y entendió que la única forma de salir estaba frente a sus ojos, por donde entraba ese perfecto rayo de luz que siempre calentaba e iluminaba sus días.

Oteó la ventana, era de buen tamaño y el enrejado estaba viejo, así que podía ayudarse de la pata del camastro para romper su jaula, sin embargo, quedaba dos cosas por resolver: la caída y el dragón.

Lara no llevaba más que unas semanas encerrada cuando vio al dragón en acción. La bestia se alejaba siempre para buscar comida adentrándose en el bosque de Aran, pese a ello, una cadena grande y gruesa lo mantenía atado al castillo.



No lo vio el primer día ni supo en qué momento encadenaron a la bestia, pese a que entendió que debió ser en los primeros días, cuando, tras una revuelta que hubo a las puertas del derruido palacio, escuchó gritos y luego una honda de calor golpeó las paredes de piedra, así como una llama ardiente iluminó las compuertas del castillo en un tono anaranjado y rojo que la deslumbró por unos minutos y le impidió ver lo que estaba ocurriendo cuando se tuvo que tapar los ojos y retroceder, buscando refugio en el viejo camastro.

Frederick lo sabía, sabía que era peligroso dejar a la princesita sin ayuda, por ello dejó a algunos de sus soldados encargados de la vigilancia del castillo, y cuando el dragón quiso volver a su hogar, tuvieron que cazarlo y dominarlo una vez más, pese a que la bestia acabó con muchos de los hombres, así como siguió haciendo con todos aquellos que le llevaban comida a los carceleros y a la princesa.

Para el emperador Frederick era de vital importancia mantener a Lara encerrada, era su seguro, lo único que podía ocupar cuando alguien quisiera reclamarle el trono.

Si la desposaba a la pequeña..., podía legitimar su trono, lo sabía, por eso no podía abandonarla a la suerte, por eso no podía dejar que el dragón la devorase. Lara, la joven princesita de Icaris, era la persona más valiosa y útil en la que sería su última jugada.



Capítulo 13

La primera vez que Lara vio al dragón alzarse y calcinar a una bestia del bosque tembló de terror. Nunca vio nada tan majestuoso y, al mismo tiempo, aterrador.



La bestia desplegó sus alas cuando un animal grande y fuerte se acercó al castillo, corriendo, bufando, enfurecido, luego de que uno de los carceleros le disparara una flecha y esa le rozara el hocico. El animal corría detrás del mercenario que gritaba como loco, riéndose al tiempo que jugaba con el animal como si no entendiera quién se encontraba en desventaja. El mercenario se subió a un árbol y espoleó al animal gritándole y envió otra flecha a la pata de la fiera. El animal gris gruñó grave y gutural, despertando al dragón de su siesta.

El castillo tembló cuando el dragón despertó, se asentó en la torre y, tras un bramido, reclamó los dominios del castillo. Sin esperar a que el animal entendiese qué estaba pasando, el dragón desplegó sus alas y tras un movimiento de aleteo, surcó los cielos y recorrió los pocos metros que lo separaban de esa molesta presa que no dejaba de pegarle al árbol donde estaba el mercenario, agazapado, temblando de miedo, no por el animal que no podía bajarlo, sino por la bestia azul que se acercaba y que no tardó en abrir sus fauces para exhalar fuego y quemar al animal, así como a los árboles aledaños y al infeliz que osó maltratar a la bestia del bosque.

Lara observó la escena desde el castillo, admirando al gran dragón batir sus grandes alas azules, sosteniéndose en el aire con la gruesa y larga cadena atada a una de sus patas. El dragón sintió su mirada y, pese a la lejanía, los ojos amarillentos y azules de la bestia se encontraron con los suyos, sus miradas conectaron y Lara se quedó paralizada, con el corazón desbocado, aferrándose a los barrotes de su celda.



Tragó saliva cuando el dragón apartó su cabeza grande y llena de escamas tornasoladas de diversos tonos de azul que le daban a su aspecto un aire intimidatorio y soberbio. La bestia cayó en picada y cogió con su boca al animal casi carbonizado, alzándose de inmediato hacia el cielo, hasta donde pudo llegar cuando la cadena enganchada a su pata trasera lo retuvo y su rugido resonó por todo el bosque de Aran.

El pecho de Lara se contrajo, porque, por primera vez, entendió que no era la única capturada, pese a que también intuyó que no iba a poder huir de la torre si el dragón seguía atado a esta. Lo iban a usar no solo para detener a quien quisiera acercarse, sino también lo usarían para detenerla, porque si salía, correría la misma suerte que aquel desgraciado que molestó al animal del bosque.

No, no solo era la caída de la torre alta y rocosa lo que debía preocuparla, sino también la bestia que dormía sobre el techo que cubría su cabeza todas las noches y que cuando dormía, arrullaba sus sueños con su resoplido.



Capítulo 14

Los días pasaron y la desesperación de la princesa se hizo latente. No había forma de bajar por la torre, no de manera segura, no si quería conservar todas sus extremidades.



Desesperada, daba vueltas por la habitación día y noche, frustrada, cavilando todas las opciones. De momento, ni siquiera se había atrevido a quitar los barrotes de la ventana. Esa ventana que, sin quererlo, la salvó de caer en la locura, no solo porque el sol permeaba a través de las nubes hasta entrar a la torre, sino porque observar el bosque lóbrego la hacía pensar que, más allá de esos colores funestos, debía existir el verdor de Icaris, un verdor que colmaría sus pulmones de aire puro y revitalizaría su cuerpo. Esa ventana la transportaba a sus días en el castillo, le hacía recordar los momentos en los que, sentada en La sala del trono, admiraba las hermosas calles y casas de Icaris, de su pueblo, de su nación. Pensar en esas tardes donde podía estar sola con sus pensamientos, admirando la inmensidad y la alegría del reino, la calentaba desde adentro, renovaba sus ánimos y esperanzas.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Frederick la atrapó, no obstante, las lunas llenas pasaron, el sol cambió de posición, su cuerpo cambió.

Lara creció y se transformó, su mente evolucionó con el encierro, su alma, pese a la tristeza, estaba llena de esperanza, no dejó que sus flaquezas ganaran, no más.

Nunca abandonó su plan de escapar, nunca desistió.

La primera noche que comenzó a escuchar las voces de sus captores lo hizo sin querer, pese a que sus oídos se agudizaron y su mente procesó todas aquellas palabras que, gracias al acento de Blach, al principio no le eran inteligibles, pero que con el paso del tiempo comprendió cada vez mejor.

Sus captores se estaban burlando, decían que el plan ejecutado, semanas atrás, por su padre, para derrocar al emperador Frederick, no dio resultado, se burlaban del pobre ejército de su padre, un ejército de campesinos.

Lara tembló de ira e impotencia, su sangre se calentó y su rostro angelical se compungió ante las palabras de aquellos individuos que no tenían ni idea de la valentía que poseían aquellos hombres que lucharon para hacer retroceder a Frederick.



Pese a lo que esa noche escuchó, la verdad distaba un poco de los comentarios hechos por los mercenarios. El plan de Calh nunca fue sacar a Frederick de Icaris, solo quería hacerlo retroceder un poco, a su vez, infiltró a algunos de sus hombres en la tropa de mercenarios de su primo. La batalla se libró en el paso entre Tondrá y Alusia, un paso estrecho que conectaba ambos poblados, y que llevó a los mercenarios de Frederick a retroceder lo suficiente para que el grupo liderado por Calh lograra tener una salida viable y así consiguiera infiltrarse, no solo en la línea enemiga, sino también en todo Icaris, y de esa manera



averiguar dónde se encontraba la princesa, así como saber cuál sería la siguiente estrategia.

A Frederick no le convenía que nadie supiera que su primo había hecho retroceder a su ejército ni que mucho menos se dijera que no había logrado arrebatarle su poder por completo, así que transformó la versión de los hechos e hizo que sus mercenarios hablaran de la «derrota» del antiguo rey de Icaris, burlándose del infructuoso esfuerzo y de lo patético que era su grupo de rebeldes.

Lara no lo creyó cuando lo escuchó, supo que su padre no era un hombre al que se le podía ganar con facilidad.

Sus puños se apretaron cuando oyó las risas estridentes de sus captores, pese a ello, una idea nació en su psique, una idea que germinó y la hizo entender que debía oírlos más, que debía estudiar sus charlas, esas largas conversaciones que fluctuaban de tema en tema. Y es que no solo quería conocer a sus captores, lo que estaba pasando en Icaris y en el resto de los Siete Cielos, sino que también se estaba cerciorando de la actividad de sus custodios, las horas en las que se mantenían alerta, quería entenderlos y así, vencerlos.

La mente de Lara se agudizó. No solo se dedicó a observar, sino también cogió los libros viejos y polvorientos que estaban en la torre y comenzó a leerlos, a aprender de ellos, de esa literatura que distaba mucho de la que conocía.

Estaba alerta a todo, era su forma de reivindicarse como la mujer en la que se estaba convirtiendo.

Y así comprendió quiénes eran sus vigilantes, lo que hacían en el palacio derruido donde la tenían confinada, sus actividades durante el día y la noche. Incluso fue consciente de que, algunos días, normalmente los fines de semana, algunas cortesanas llegaban a hacerles compañía a los guardias de turno, así como se enteró de que, por la madrugada, muchos de ellos, achispados por el *hidromiel*, se quedaban dormidos. Llegó a escuchar sus ronquidos y sonrió.

Sus movimientos los delataron, delataron su momento de debilidad, ese instante que le iba a servir a su favor para lograr escapar y cumplir su cometido.





Capítulo 15

En Icaris, la batalla no hacía más que enzarzarse. De a poco, Calh, el legítimo rey, iba ganando terreno, desafiando con cada movimiento a Frederick, quien, sentado en el trono dorado, se comenzaba a impacientar cada vez más, observando el despliegue de un ejército de campesinos, como le llamaba, que poco a poco iba ganando adeptos, que se iba fortaleciendo.



La ira del emperador fue creciendo, en especial cuando, ese mismo ejército que estaba liderado por su primo Calh, fue comandado a liberar uno de los reinos más importantes en su imperio: Prus.

Sí, acababa de perder Prus a manos de los campesinos, de esos hombres que, armados con lanzas, arcos, flechas y poco más, derrumbaron sus murallas y, junto con un grupo que defendió a Prus desde el interior, derrocaron y desarmaron a un ejército de mercenarios que, sin esperarlo, estando borrachos y desprevenidos, al punto que no supieron el momento en el que, rodeados, se tuvieron que rendir a los hombres comandados por el mismo Calh.

Frederick bramó al saber la incapacidad de sus soldados, al entender que su primo no hubiese ganado de otra forma, creyendo que la batalla no fue tal y que todo lo que le llegó a sus oídos acerca del despliegue ejecutado por su primo eran puras exageraciones, al final, Calh no debía tener conocimientos militares. Icaris, hasta antes de que él la ocupase, no tuvo necesidad de defender su soberanía, era un reino pacífico que vivía sin dificultades.



Airado, decidió aumentar su tropa, enviando un comunicado a todo aquel que, teniendo habilidades de combate, se quisiera unir a su lucha, ofreciendo incentivos más que favorables, desde tierras, títulos, entre otras cosas.

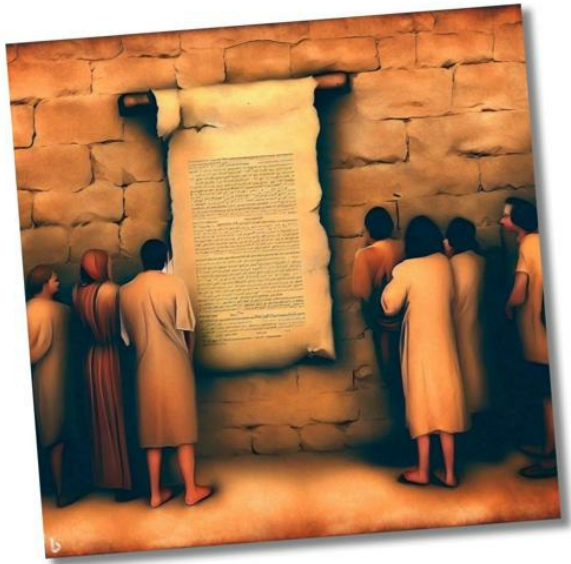
Ese solo era el principio, estaba dispuesto a aniquilar cualquier tipo de levantamiento que se quisiera alzar en su contra, no iba a permitir que su primo le ganase y le arrebatase lo que le pertenecía.

La liberación de Prus trajo consecuencias, no solo para el emperador, quien estaba dispuesto a recuperar a Prus a cualquier costo, sino también para el ejército de Calh.

Al retomar Prus, nuevos adeptos se unieron a la causa, deseosos de derrotar la tiranía de Frederick, y con ellos, un nuevo plan surgió.

En secreto, y sin que Frederick lo supiera, la rebelión estaba a punto de extenderse. Los pueblos se unieron, los reinos siguieron al líder del levantamiento, a Calh, llevando sus conocimientos y destrezas a la batalla.

Estaban hartos de aceptar al grupo de mercenarios que les quitaban el pan de la boca, que los esclavizaban y saqueaban sus tierras, y no iban a dejar que Frederick siguiera en el trono dorado, no, no iban a permitir más abusos, no más.



Capítulo 16

Fuera, el aire se impregnaba con la futura batalla, una batalla que cambiaría el rumbo de los Siete Cielos.

Mientras, en el castillo derruido de Blach, Lara se estuvo preparando para su propia lucha.

Llevaba varios días observando su alrededor, viendo más allá de la torre, el trayecto a recorrer dentro del bosque de Aran.

El castillo, si bien era grande, no era inmenso como el castillo de Icaris, y desde lo más alto podía admirar los alrededores con detenimiento, podía ver el camino que conducía hasta Aran. Sabía que, de atravesar el bosque funesto, podía regresar a Icaris, a su padre.

De sus captores escuchó lo que pasó en Prus, la información que llegó a los oídos de Lara estaba manipulada por el mismo Frederick, que no deseaba que nadie se diese cuenta de lo que realmente sucedió, y se decantó por pintar a su primo como un déspota que tomó a Prus bajo estratagemas, utilizando a campesinos para amenazarlo, ya que Frederick era un emperador íntegro que solo pretendía hacer crecer los Siete Cielos.

Esa nueva estrategia de invertir los papeles no pasó desapercibida para los aldeanos, quienes estaban sufriendo gracias al mandato del emperador Frederick.

Esa vez, nadie le creyó, mucho menos Lara.

Emocionada, escuchó la historia que contaron sus captores. Oír sobre su padre le daba paz, incentivaba su corazón, e hizo que sus planes se precipitaran...

Tenía que huir, tenía que dejarle el camino libre a su padre para que su encierro no frenara su victoria. No quería ser usada por Frederick para ir contra su padre.



Así que, tras unos días admirando el bosque de Aran, observando el follaje de los árboles altos que cubrirían el cielo nocturno, ideó una forma de reconocer el camino a seguir. Sus ojos alcanzaban a ver los prados de Icaris, solo era una mancha verdosa, rozagante, pero fue suficiente para infundirle esperanzas.

La vocecita en su interior la alentaba, le daba fuerzas y le hacía creer en ella misma.

Tras trazar la ruta de escape, una ruta en donde sortearía a los guardias que custodiaban las inmediaciones del castillo. Al estar encerrada, y confiados que no podía salir de la torre, los vigilantes solían relajarse. Así pues, al bajar de la torre, podía encaminarse por el lateral izquierdo del castillo, al lado contrario del salón donde los guardias descansaban junto con las cortesanas. Tendría que rodear el palacio por detrás para adentrarse en el bosque de Aran y seguir el camino imaginario que tenía estudiado en su cabeza. Se había apoyado en los colores de las hojas de los árboles, en las formas y en la grandeza o altitud del follaje para armar el mapa que la llevaría a Icaris. Tal vez era muy arriesgado huir de aquella manera, tal vez era un plan que no tenía en cuenta los riesgos de bajar por la torre, de adentrarse al bosque, de toparse con los guardias, y mucho menos el gran dragón que sobrevolaba sobre su cabeza, desesperado por el encierro que le impusieron, cada vez más irritado con la cadena que se ceñía a su pata trasera.

Lara no quería pensarlo mucho, por eso, cuando se puso en acción esa misma mañana, solo siguió su instinto.

Sabía que ese día llevaban la comida para las próximas semanas, lo que enojaría al dragón y terminaría ocasionando un gran alboroto, en donde todos los guardias se ocuparían de controlarlo a fin de que no devastara todo a su paso.

Era el día perfecto.

Sin demora, agudizó sus sentidos cuando los carreteros llegaron a dejar los alimentos, y como siempre, la bestia salvaje se alzó para recibirlos, lo que hizo que todos los vigilantes salieran del castillo y utilizando flechas recubiertas de calmantes, a fin de amainar las fuerzas de la bestia que rugía y volaba alrededor del castillo, evitando las flechas, al tiempo que trataba de quemar a todo aquel que le representaba un riesgo.



Lara corrió y aprovechó para destrabar una de las patas del camastro de hierro y, con gran habilidad, tanteó los barrotes de la ventana, buscando el punto débil del marco, ese punto que tenía bien identificado, y que, gracias al óxido no le fue difícil de entreabrir un poco, haciéndose daño con los dedos, rasgándose las puntas, justo antes de meter la pata de la cama que no solo le serviría de cuña, sino de palanca, poniendo todo su peso para hacer fuerza y abrir el enrejado para poder salir por la ventana.

Su corazón latía con rapidez en su garganta, sus manos sudaban, su piel se calentó y heló al mismo tiempo, su boca se secó.

El chasquido de la barrera, cediendo, resonó en la torre. El corazón de Lara se detuvo, nerviosa, con el miedo cerrando su garganta. Temió haber sido demasiado imprudente y delatar sus movimientos, si los guardias escuchaban el chasquido... estaría perdida.

Por suerte, el rugido del dragón, cuando su cuerpo cayó desplomado sobre el techo del castillo, arañando el tejado, y haciendo que muchas piedras cayesen a los pies de los vigilantes, encubrió el crujido que hicieron los barrotes.

Temblando, agradeció al dragón por haber distraído a los guardias, pese a que su corazón se estrujó al escuchar el alarido de la bestia cuando se golpeó contra el techo e hizo retumbar los cimientos.

Llevaba días, meses, un año entero, conviviendo con el dragón, observando la cola del reptil cuando este se posaba sobre su torre y movía esa cola con la punta de flecha. En más de una ocasión se sintió identificada con el dragón, en más de una vez suspiró cuando él trataba de abrir sus alas y volar alto, deseando una libertad que a ambos se les fue negada.

Su corazón palpitaba con fuerza y esperanza cada que lo veía luchar con las cadenas, tirando de esta para lograr volar tan alto como deseaba, pero siempre era retenido y obligado a volver.

En cierta forma, el dragón se volvió su compañero. A veces, cuando se sentía sola, le susurraba historias, le describía los cielos claros y luminosos de Icaris, le contaba mil relatos en los que, su curiosidad y osadía, o falta de temor y juicio, como le llamaba su madre, la pusieron en peligro o en situaciones complicadas. Sin poder hablar con nadie más que su propia mente, Lara tenía grandes soliloquios con el dragón, pese a que no sabía si este la escuchaba, la princesa se desahogaba creyendo que estaban unidos por una conexión intangible, sentía que debía ser reconfortante para ambos saber que el otro estaba ahí, incluso con el miedo que sentía por la bestia, ese miedo que le hacía detener la mano antes de acariciar la cola puntiaguda del dragón.



La idea de separarse de su fiel compañero le contrajo el corazón.

Suspiró y apartó el marco de los barrotes resoplando con el esfuerzo. Pese al óxido, la estructura metálica era pesada, sin embargo, la colocó con delicadeza cuando la bajó y escondió de los ojos de sus captores que, con cada comida, la pasaban a vigilar.

Se acercó a la ventana una vez más, sus dedos dolían y sangraban, llenos de fisuras pequeñas, sin embargo, su sonrisa se amplió cuando pudo ver el exterior sin impedimentos, la brisa alborotó sus cabellos blancos y acarició sus mejillas.

El rayo de sol calentó su piel y cerró los ojos.

Ese era el último día de su encierro, ese día, por fin sería libre, por fin se reuniría con los suyos. Regresaría a Icaris, saldría del dominio de Frederick y sus vasallos, encontraría a sus padres y se unirían para derrotar al dictador, para quitar del trono dorado a Frederick.

Sus ojos se abrieron, más celestes y decididos que nunca.



Capítulo 17

La noche llegó, el clima se enfrió y uno de los mercenarios subió a la torre para dejarle un tazón de avena rancia a Lara. Gruñó al verla como siempre, hecha una bolita sobre el camastro, con el cabello desordenado cayendo sobre su rostro, encubriendo sus facciones y protegiendo su cuerpo con la posición.

—Come, princesita —se burló el hombre, tirando el tazón dentro de la celda, riéndose de la princesa débil que, temerosa, seguía lloriqueando en la torre pese a que ya había pasado un año entero desde su encierro.



Convencido de que la princesa de Icaris solo era una niñita asustada que ni siquiera se debían molestar en vigilar, se dio media vuelta, refunfuñando por su suerte, enojado por tener que lidiar con el dragón sin poderle dar un mejor uso a la bestia que la de cuidar a una tonta princesa.

Murmurando mil maldiciones, bajó las escaleras de la torre, sin saber que, lo que sus ojos veían en Lara era solo una treta.

Lara salió de las mantas, despacio, casi sin hacer ruido, con los ojos fijos en la puerta cerrada por donde era vigilada por sus captores, sus parpados entrecerrados, así como el fuego en sus pupilas y su gesto serio y decidido, rebelaban sus verdaderos sentimientos, ese incendio que se estaba propagando por todo su cuerpo, preparándola para que, dentro de poco, su esfuerzo cobrara frutos.

Lo sabía, en muchos de los papiros que leyó se hablaba sobre confundir al enemigo, sobre cómo el arte de la guerra requería más que solo fuerza. El cerebro era la única arma que poseía para combatir con aquellos hombres sin escrúpulos que la tenían encerrada, así que, desde un principio, se dijo que iba a utilizar hasta la más mínima posibilidad para favorecer sus planes.

Se levantó del camastro y caminó hasta la puerta. Sus ojos se posaron en las ranuras por donde la observaban y oteó alrededor. Las escaleras estaban libres, no quedaba rastro del guardia, en cambio, hasta sus oídos llegó el murmullo de las voces que, a cada minuto, se alzaron.

La fiesta acababa de comenzar.

Se mordió el labio inferior, feliz, reteniendo la sonrisa que quería alargar sus labios y achicar sus ojos.

¡Iba a escapar!

Se apresuró a comer la avena insípida y agria que le ofrecieron de comida. Pese al sabor y la textura, no podía rechazarla, no si quería tener fuerzas para bajar por la torre y correr al bosque de Aran.

Aún tenía que sortear muchos obstáculos, y al no saber cuándo volvería a comer, se resignó a acabar con toda la avena.

Lara era previsora, al punto de guardar una parte de sus comidas en una pequeña manta que cortó de las cobijas, sin embargo, no sería suficiente para todo el viaje.



Al terminar, se preparó para dormir unas horas, solo lo suficiente para que sus guardias se dejaran llevar por el influjo del alcohol y las cortesanas que acababan de llegar. El jolgorio de los captores resonó en la quietud y calma del castillo, advirtiéndole a Lara que ese día estaban más achispados.

La princesa cerró los ojos por unas horas. Su pulso estremecía su pecho, su cuerpo caldeaba ansiando el momento de la huida, fue necesario que respirara hondo durante muchos segundos para tranquilizarse y de esa manera conciliar el sueño.



Antes de la medianoche, Lara despertó, más animada que antes. Un frescor inusitadamente cálido la rodeó y le hizo activar su organismo.

Como si un resorte impulsara su cuerpo, se levantó del camastro. Alerta, enfocó sus oídos para escuchar cualquier sonido. Tembló de alegría al comprender que sus captores estaban enajenados gracias a la fiesta, pese a que los sonidos, antes altos, disminuyeron de decibeles.

En marcha, Lara rompió el resto de la cobija que usó para crear la manta donde llevaría sus alimentos, haciendo tiras de telas que le servirían para proteger sus dedos lastimados, y así bajar con más rapidez a través de la torre.

Hizo los últimos preparativos para procurar su seguridad y la victoria de su huida y se paró frente a la ventana sin barrotes.



Tiritó de miedo cuando sus ojos observaron la altitud de su encierro, cuando el cielo oscuro y nublado engulló el bosque de Aran, solo dejando pequeños rastros que formaban una silueta del camino a recorrer, pese a que alrededor la neblina lóbrega de Blach lo cubría todo, así como lo cimientos de la torre, que no alcanzó a vislumbrar, aumentando así su temor.

Su pecho retumbaba con cada palpito, no obstante, no podía detenerse, no podía aguardar más, no podía dilatar su estadía, debía ayudar a su pueblo, a su padre, debía rescatar a sus súbditos, tenía que ser la princesa de Icaris y no una niña atemorizada, encerrada en una torre que era custodiada por un dragón.

Cerró los ojos y la calma de las respiraciones somnolientas del dragón hizo que su sangre se bombeara con más sosiego, que su cuerpo respondiera, que se destensara ante el riesgo que estaba por correr.

Al abrir los párpados, la resolución la embargó con fuerza, insuflando sus venas con adrenalina.

Se agarró al marco de la ventana y sacó la mitad de su cuerpo, la mitad superior. Sus ojos divisaron el alfeizar estrecho de la ventana y, con cuidado, sacó el primer pie, girándose en un acto fluido, a fin de aferrarse mejor a las rocas de la torre, metiendo sus dedos en las hendiduras en medio de cada roca que conformaba la pared. Llevó el otro pie al alfeizar y una sensación extraña la invadió, haciéndola sonreír al entender que estaba fuera de la torre. Era un pequeño paso que significaba mucho.

Suspiró varias veces y tuvo que tragar saliva con dificultad antes de deslizar los pies, directo hacia su libertad.

Descendió un escalón cuando el alfeizar se acabó y tuvo que acomodarse, afianzando las manos a unos ladrillos salidos, pegando su cuerpo a la pared cilíndrica de la torre. Posicionando sus pies a penas cubiertos por unas botas viejas que le fueron entregadas meses atrás, así como su ropa.

El rugido del dragón la alertó, atrayendo su mirada hacia la gran bestia que se despertó y la observó con una mirada incisiva, amarillenta y azul, que detuvo el cuerpo de la princesa de la impresión.

Sus ojos se encontraron, Lara se paralizó por completo.

Nunca vio al dragón tan cerca, nunca de esa forma tan íntima, y mucho menos tan expuesta.

La bestia se irguió sobre la cúpula de la torre, sin perder de vista a la joven princesa a la que solo se le movía el cabello, el cual ondeaba con el soplo del viento, ese cabello blanco que se agitaba como el océano en pequeñas olas espumosas y blancas que serenaron el primer impulso de la bestia.



Inmóvil, Lara admiró a la bestia. Era grande, azul y hermosa. Su cabeza era dos o tres veces más grande que el camastro donde dormía, sus escamas tornasoladas estaban más oscuras gracias a la luz mortecina que reinaba en Blach, sin embargo, sus ojos eran dos zafiros incandescentes que la atraían sin remedio. Su cuerpo era gigante, incluso con las alas replegadas.

Pese a ello, lo que más llamó la atención de la princesa fue esa vulnerabilidad en la mirada del reptil, una mirada opacada por algo más que la oscuridad de su alrededor, una mirada que ella reconoció en su interior, que estrujó su estómago, que incendió su pecho, que hizo que su respiración se entrecortara, que el nudo en su garganta se hiciera una gran bola que tuvo que tragar con dificultad.

No pensó, no meditó su andar, hasta que comenzó a subir por la torre, escalando despacio, deteniéndose cuando el dragón ladeó la cabeza y en su gesto entrevió la molestia, aunque no había forma precisa de vislumbrar sus facciones para indicar, de forma certera, el cambio de actitud.

Se detuvo hasta que el animal se destensó y pudo proseguir.

—¿Sabes?, sé lo que sientes —indicó Lara, con esa voz dulce y gentil que poseía, una voz armónica que enternecía y tranquilizaba a todo aquel que la escuchaba.

Siguió escalando, hasta que llegó al borde de la cúpula, donde descansaba la cola larga y puntiaguda del dragón. Si movía su cola, la arrojaría por la torre y caería sin remedio. Los ojos de Lara se abrieron ante ese pensamiento, admirando las escamas que se empequeñecían a medida que la cola llegaba a la punta con forma de flecha. Era hermosa e imponente.

Se imaginó cayendo al vacío, con sus extremidades volando con el viento y sus ojos enfocados en el cielo gris y nublado, en el dragón azul encimado con altanería en la torre.

Se sacudió y se enfocó en esa sensación que la llevó a escalar.

Inspiró hondo y trató de poner una sonrisa grande que se desdibujó cuando el dragón guio su mirada hacia la cadena que tenía afianzada en su pata.

—¿Te duele? —inquirió la princesa al ver la gran cadena que lo sostenía a la torre, apretando las escamas y piel de la bestia.

El dragón no respondió, solo volvió a observarla, como si quisiera decirle algo con esos ojos amarillentos y azules que brillaron con más brío cuando la luz de la luna los alcanzó.

Conmovida por el dragón, Lara hizo un esfuerzo para subir el tramo que los separaba, siempre cuidando de no asustar a su nuevo amigo. De pie sobre la cúpula, su miedo a caer la hizo temblar, pero ni por un segundo contempló la idea de retroceder ni mucho menos la de mirar atrás.



Su corazón latió con más ímpetu y una fuerza invisible la impulsó a acercarse más y más al dragón que, quieto, la llamaba.

Su mano se alzó y sus dedos hicieron contacto con el pecho amplio, grande y azul de la bestia.



El calor inundó su palma, y la suavidad de sus escamas la asombraron, no obstante, algo en su interior se detuvo, el tiempo dejó de tener sentido, la oscuridad se difuminó, el calor la arropó.

Los ojos celestes de Lara se abrieron e hicieron contacto con los de la bestia, uniéndose de una forma que ni teniendo la eternidad de aleada se podría explicar. Sus latidos se acompañaron y sus respiraciones se sosegaron, haciendo que la princesa comprendiera quién era el dragón que tenía enfrente y quién era ella.



Capítulo 18

Basta un instante para que todo cambie, para que las estrellas se alineen, para que el futuro se abra paso y refleje el camino que hay que seguir. Basta un minuto, un segundo, para conectar dos seres que latan con la misma frecuencia, que desean lo mismo. Basta solo un movimiento para que todo alrededor se desvanezca y solo quede la verdad, el destino.

La mandíbula de Lara tembló, sus ojos se irritaron y su vista se nubló a causa de las lágrimas no derramadas. Sus latidos eran más lentos, su sangre se calentó y sus extremidades cosquillearon, en especial esa unión entre sus cuerpos.



El dragón emitió un suave gruñido, una súplica grave que atravesó el cuerpo de la princesa y que le hizo alzar su cabeza y buscar la mirada de la bestia.

—No, no te voy a dejar —aseguró sin siquiera pensarlo. Aquella afirmación vino de lo más profundo de su ser, de la necesidad de rescatar a su compañero de castigo, de encierro.

Se sintió unida al dragón de alguna manera inexplicable y entendió que no se podía ir sin liberarlo, sin arrancarle el yugo que lo mantenía pegado al castillo, a esa celda lúgubre que ni el mismo sol lograba calentar.

—Voy a quitártelo, ¿bien? —indicó con la voz quebrada, porque sintió el dolor del dragón, la desesperación que le hizo respirar con más fuerza, que calentó las escamas que se endurecieron.

Lara captó en su mirada las emociones que embargaban a la bestia, emociones tan fuertes y vívidas como las suyas.

Acarició el pecho del dragón y se alejó unos pasos.

Tenía que buscar algo para abrir el cierre de las cadenas, para liberarlo, para dejarlo en libertad.

—Espérame aquí un segundo. —Alzó las manos para tranquilizarlo cuando las alas azules e increíbles del dragón se desplegaron, y otro aullido grave salió de su hocico apenas abierto.

Lara lo miró con intensidad, deteniéndose en su lugar hasta que la bestia plegó sus alas y se acomodó en la torre, bajando la cabeza hasta dejarla a unos centímetros de la princesa que sonrió al comprender que solo quería una caricia en esa cabezota grande que tenía.

Lo mimó por unos minutos, poniendo ambas manos en la frente del dragón, misma en la que se reflejó gracias al brillo de las escamas.

Sonrió al verse. Ya no era la misma chiquilla que nació iluminada por el sol, ya no era la pequeña princesita que podía hacer travesuras. No se reconoció, tras un año de cambios y encierro, su rostro, su cuerpo y su alma se modificaron.

Su sonrisa se ensanchó hasta arrugar las comisuras de sus ojos. Era la princesa que debía tener Icaris, la princesa que podía distinguir entre las verdaderas bestias.

—Ya vuelvo —le aseguró al dragón y tras una rápida mirada en la que el animal quedó más relajado, Lara deshizo su camino.





Con cuidado y toda la lentitud requerida, descendió por la cúpula de la torre, sin mirar abajo, a ese abismo que la oscuridad nocturna y la altitud creaban, haciendo que fuese imposible ver los cimientos del castillo.

Las piernas le temblaron, las manos le sudaron y agradeció el vendaje, de lo contrario, estaba segura de que hubiese resbalado.

Bajó hasta adentrarse en la ventana de la que era su celda, entró conteniendo el aliento, nerviosa y temerosa, con la respiración desacompasada, pese a ello, no podía dejarlo, no iba a ser como sus captores y tratarlo de aquella manera tan inhumana.

Oteó la habitación por completo, pero no había mucho, solo quedaba la pata del camastro de hierro para intentar hacer palanca y destrabar el brazalete que se cerraba en torno a la extremidad del dragón.

Sin nada más, subió amarrándose la palanca al cuerpo con otro retazo de tela que rompió para envolver el pedazo de hierro, y volvió a subir, esa vez, con más pericia, pese a que su respiración y su calor corporal aumentaron, pese a que su boca se secó y tuvo que relamerse los labios y cerrar los párpados cuando las ganas de mirar hacia el abismo bajo sus pies la tentaron.

Al llegar a la cúpula subió más deprisa.

El dragón la observó sin perder detalle, sus ojos amarillentos la siguieron hasta su garra trasera, donde el brazalete lo retenía.

Resoplando de la emoción, agitada y más despierta que nunca, Lara desenroscó el pedazo de metal de los retazos y estudió el brazalete de hierro, grueso y grande, tan ancho como una cuarta de su mano, y tan grueso como dos de sus dedos.



Dejó salir el aire al comprender que sus fuerzas no serían suficientes para crear una palanca con la vara metálica y romper las ataduras del dragón, solo lo iba a lastimar.

Su pecho se constriñó y sus ojos se fueron directo a los del dragón.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó desalentada, con los hombros hundidos y el gesto desencajado.

No podía volver a la habitación, ahí no tenía nada más, tampoco podían quedarse más tiempo, ese día tenía que liberarse, tenía que partir sin más demora hacia Icaris, tenía que volver con su pueblo, tenía que... Pero no iba a dejarlo.

Volvió sus ojos a la atadura y la examinó una vez más, hasta que dio con un recoveco cubierto por la oscuridad de las sombras. Se acercó para mirar más de cerca, para que la poca luz de la luna iluminara aquella hendidura.

Sus labios se ampliaron en una sonrisa infantil y victoriosa. Se mordió el carillo como cuando era niña.

—¡Vamos a salir de aquí! —exclamó revitalizada, llevando los ojos a los del dragón, que la miraron con detenimiento, pese a que no pudo descifrar lo que sentía.



Capítulo 19

· Sin demora, dejó la palanca a un lado, se revisó los vendajes ajustándolos a sus manos, y tras ver una vez más al dragón, se acercó al borde de la cúpula, no obstante, antes de proceder con el descenso, el dragón agitó su cola y la dejó cerca de su cuerpo, en una clara señal de colaboración.

Lara sonrió más animada, y sin esperar otra indicación, se agarró a la cola del dragón, subiéndose en esta, aferrándose a las escamas.



La cola del dragón la envolvió y tras este acomodarse sobre la torre, la bajó hasta que llegó al techo de uno de los salones, justo encima de donde se encontraban sus raptos. La dejó sobre el techo y, antes de que pudiese alzar la cabeza y agradecerle a su nuevo amigo, el dragón ya se había elevado sobre la torre y comenzaba a sobrevolar la zona.

Lo admiró por un instante, emocionada, con los latidos resonando en sus oídos, con la sensación de las escamas del dragón recorriendo su piel, creando intrincadas cosquillas que revoloteaban dentro de su estómago como mil mariposas.

Sin permitirse más demora, regresó su concentración a lo que le atañía y bajó el resto del trayecto desde el techo del castillo hasta llegar a una de las ventanas más altas de la edificación. Tuvo que saltar desde el borde y confiar en los cálculos que hizo a la ligera para colocar los pies en el alfeizar de la ventana, volviendo a sudar a causa del nerviosismo, pese a que ya no se sentía tan temerosa como antes.

A través de la cristalera quebrada de la ventana oteó la escena que se desplegaba frente a sus ojos.

Los guardias que estaban custodiándola se encontraban adormilados, jugueteando con las cortesanas que estaban bastante achispadas.

Lara vislumbró el lugar por completo.

Iluminado por algunas velas grandes y altas, el castillo derruido proyectaba la imagen de la misma decadencia. El salón era grande, los pisos eran antiguos y las paredes estaban manchadas y tenían varias deformaciones en las estructuras. Una de las paredes tenía un orificio lo suficientemente grande para que Lara entrase por este, y no estaba tan alto para que no se pudiera colar en medio de las rocas y no caer al suelo rompiéndose los huesos.



Decidida, se movió descendiendo por el castillo, con cuidado de no resbalar, pese a que en más de una ocasión tuvo que morderse los labios para no gritar cuando sus pies o manos resbalaban en las paredes del palacio, ya que a esa altura las rocas estaban mejor alineadas que en la torre y no había mucho margen de acción para poner el pie por completo o meter las manos en los huecos.

Sus dedos se ensangrentaron, el vestido viejo se rasgó en varias partes, su piel sufrió varios arañazos, pero no se detuvo ni siquiera se atrevió a mirar a otro lado que no fuese su objetivo.



Bajó hasta llegar a ese pequeño hueco y con un poco de contorsionismo en el que tuvo que meter primero las piernas y luego el torso, aferrándose a los ladrillos, apretando los dientes para que sus fuerzas no flaqueasen, se metió al castillo.

Cuando tocó el firme suelo bajo sus pies e irguió su espalda, casi lloró de la emoción.

«¡Lo voy a lograr!» —caviló orgullosa, volviendo a sentir las agradables cosquillas en su piel, en su interior.

—¡Maldito dragón! —bramó uno de sus captores, regresando su mente a la realidad.

Lara se movió con premura y se escondió tras una columna. Su cuerpo estaba cubierto por la oscuridad, no había velas cercanas a esa parte del salón que se conectaba con el otro, donde estaban los mercenarios con las cortesanas, gracias a que la puerta principal fue arrancada mucho tiempo atrás y solo quedaban las bisagras llenas de óxido y moho.

Acercó la cabeza para tener un mejor panorama del castillo y observar alrededor para dar con la llave, una llave que no podía ser pequeña como las demás, una llave que tenía una particular forma.

Inspiró hondo y se frotó las manos antes de adelantarse al siguiente pilar, sin hacer ruido, caminando en puntas.

—Calma, querido, no te está haciendo nada —indicó una de las cortesanas, arrastrando las palabras al hablar, meneándose frente al mercenario que, minutos atrás, exclamó enojado con el dragón que seguía revoloteando sobre la torre.

Una botella de hidromiel se agitaba en las manos de la cortesana. El guardia gruñó y se levantó para coger la botella de las manos de la mujer que lloriqueó cuando le arrebataron su bebida.

—Calla y deja de meter las narices donde no te llaman —escupió el mercenario tras tomar un largo trago de hidromiel, dejándose caer en la silla con un grave estruendo—. Por culpa del maldito dragón y la princesita es que estamos aquí, en lugar de estar en la batalla.

—¿Batalla? —preguntó otra voz femenina, la otra cortesana que se levantó de las piernas del guardia que ya estaba dormido, roncando sin reparos, despatarrado en una silla.

—Sí, sí, batalla —respondió el guardia, reventando la botella contra el suelo, haciendo que la cortesana que tenía más cerca gritara de la impresión y el miedo, mirando el suelo con mil cristales filosos apuntando hacia su rostro, agarrándose del cabello, resoplando gracias al miedo—. El tonto rey de Icaris le ha declarado la guerra al emperador Frederick —rugió colérico, levantándose de su asiento, escupiendo las palabras, con el rostro desfigurado por la furia, con los ojos ardiendo de enojo. Su boca mostraba unos dientes disparejos y amarillentos, y sus fosas nasales se abrían con cada inhalación.

Lara se adelantó hasta cubrirse por la pared que separaba los salones. Su pulso se disparó, tenía la boca pastosa. Oír aquella noticia del mercenario la alertó. Su padre...

—No se suponía que el ejército del rey Calh está lleno de campesinos y hombres sin adiestramiento en batalla —apuntó la segunda cortesana, temblando, alejándose del mercenario que la miraba como perro con rabia.





—¿No me digas que eres tan ingenua para creer todo lo que dicen los tontos servidores del emperador? —se burló el mercenario, dando un golpe a la mesa de madera que tenía cerca.

El crujido resonó en la estancia. Ambas cortesanas gritaron y Lara se agarró a la pared con necesidad, ansiando escuchar más, al tiempo que miraba a todos lados para buscar la llave. Sus ojos se abrieron y brillaron cuando la localizó a unos pasos de donde estaba, justo en la pared de al lado, colgada junto con una espada y una gabardina grande y acogedora.

Tragó saliva y se relamió los labios, deseando cobijarse en la tela del abrigo, sin embargo, no podía llevarse todo sin alertarlos, tenía que ser muy cuidadosa, solo podía acercarse y quitarles la llave.

«Sin tan solo se fueran...» —pensó, anhelando el calor del abrigo.

—Pero... El emperador los vencerá, ¿verdad? —preguntó la segunda cortesana, encogida, esquivándolo, buscando el cuerpo de su compañera, quien había retrocedido al mismo tiempo que el mercenario avanzó, ambas huían del hombre grande, sucio y deslucido que las intimidaba.

El guardia tenía todo el tipo de un cazador, con su ropaje viejo, raído y lleno de suciedad, con su barba poblada, oscura y de vello ensortijado, con sus cejas pobladas y planas que aumentaban más ese semblante bravío que desprendía su gesto, con sus labios delgados, sus ojos pequeños y oscuros, y su cabello largo, despeinado y rizado que llevaba apenas atado en una coleta baja.



Lara se mordió con más fuerza, y aprovechó que la espalda del mercenario la cubrió de la vista de las cortesanas para atravesar la abertura del salón sin ser vista.

Su pecho subió y bajo con violencia, se tapó la boca con las manos para no esgrimir sonido alguno al respirar con pesadez. Temió ser descubierta, su cuerpo tembló ante esa idea.



—¡Esto es una porquería! —bramó el mercenario y cogió otra botella de hidromiel que descansaba en la mesa, dándole un largo trago—. Al menos ya dentro de poco se acaba todo esto —profirió abriendo los brazos, riendo sin mucha gracia, jactándose.

—¿A qué te refieres? —preguntó una de las mujeres, temblando, agarrándose a la otra.

—A que el emperador ha dado la orden para que, en unos días, le llevemos a la princesita para que la despose y Calh no pueda tocarlo —gruñó la respuesta, riéndose al final, con placer, pese a que su gesto solo hizo que las cortesanas retrocedieran otro paso y le regalaran una sonrisa forzada.

Lara se quedó helada al escucharlo, su sangre dejó de circular a través de sus venas y todo en su cuerpo se paralizó. Sus ojos ardieron, su boca se abrió. Sus manos se apretaron la una con la otra para salir del trance y comprendió la verdadera razón de su encierro.

No, Frederick no planeaba usarla para detener a su padre, sino que la quería para legitimar su poder sobre Icaris, y con ello, hacerse con el reino más grande de los Siete Cielos.

Tembló con violencia, quería llorar, quería rogar a los cielos y suplicar como no se permitió hacer hasta ese momento. Pegó la espalda a la pared para buscar un punto de apoyo, para no dejarse vencer por sus piernas flácidas.

Fuera, el dragón sobrevoló por lo bajo, volviendo a la princesa a la realidad, haciendo que todas las personas que estaban dentro del castillo girasen para observar al dragón aterrizar cerca del castillo.

—¿Y qué pasará con esa bestia? —preguntó con la voz entrecortada la primera cortesana.

Lara se giró al escucharla, temiendo la respuesta.

—¡Qué sé yo! —indicó el mercenario, bebiendo el restante del hidromiel—.

Seguro que lo matan, porque no sirve para nada ni siquiera podemos hacer que asesine a voluntad, no sigue a nadie y seguro que habrá que envenenarlo, porque no podemos matarlo de otra manera —aseveró, moviendo las manos de un lado a otro, tambaleándose en su lugar.

Ambas mujeres se miraron sin saber qué decir, desconcertadas, porque las dos sabían que la bestia podía hacer más que la simple tarea que le encomendaron. Sabían, por los mismos guardias, que trataron de adiestrar al dragón a base de violencia, sin embargo, pese a todos los esfuerzos, solo lograba ahuyentar a todo aquel que quisiera meter la nariz donde no debía, incluyendo a todos los informantes de Calh que trataban de averiguar dónde estaba la princesa de Icaris.

—Da igual —exclamó el mercenario—. Por ahora, ¿qué les parece si jugamos a ver quién llega más rápido a la habitación? —inquirió socarrón el hombre, poniendo una sonrisa perturbadora en su boca pequeña cubierta de esa barba desalineada, mostrando esos dientes amarillentos y sucios.

Las cortesanas emularon sonrisas coquetas y le siguieron el juego cuando este se echó a correr y las persiguió por el pasillo, dejando que las mujeres fingieran ser atrapadas por él y ser alzadas y llevadas a la habitación más cercana al salón.



Lara suspiró cuando los vio salir, pese a que todavía quedaba uno de los guardias cerca. Estaba dormido, con la boca abierta por donde salía un fino hilo de baba. Tenía la cabeza llevada hacia atrás, exponiendo su cuello sin barba. Se parecía al otro hombre, con la diferencia de que era más pequeño y grueso, con un bigote grande y poblado.

Sin apartar los ojos de aquel hombre que roncaba en sueños, Lara se adentró al salón, con los sentidos puestos en su captor, alerta, danzó con el muro a fin de adentrarse lo menos posible y hacer la menor cantidad de ruido, sus pies se movieron con fluidez y su mano pegada a la pared sirvió de guía para localizar lo que necesitaba.

Cogió el abrigo primero, un abrigo que le pertenecía a una de las cortesanas. Le iba grande y tenía cierto aroma a sudor, no obstante, el calor no tardó en cobijarla y reconfortarla, caldeando su cuerpo, que seguía rígido, no solo por lo que estaba haciendo, sino porque sabía que, más que nunca, debía huir, de lo contrario, su futuro no existiría.

Ni siquiera recordaba a cabalidad a Frederick, solo tenía una idea de su semblante cuando, un año atrás, la secuestró, sacándola de la que fue su casa. Recordaba la silueta oscura que irradiaba un aura lóbrega y funesta que le heló más que la sangre, que la hizo sentir desprotegida, que la hizo temblar de miedo. No, no iba a dejar que ese hombre la usara.

Dejó salir el aire, despacio, reactivando su cuerpo y mente, para proceder a coger la llave grande y pesada que colgaba en un clavo metido en un hueco en la pared. Con cuidado, la cogió y se la metió en el abrigo, conteniendo la respiración, esperando que, el coger la llave, no produjera tintineo alguno.

El hombre seguía roncando, hasta que la respiración se le atoró y se removió.

Lara se quedó hecha de piedra ni siquiera parpadeó cuando el hombre se acomodó en la silla, bajando la cabeza para posarla en la palma de su mano.



Inerte, esperó hasta que el guardia se quedó profundamente dormido.

Inspiró hondo y observó por un segundo la espada, indecisa sobre si cogerla y llevársela o no, fue solo un segundo en el que su mano tardó en alargarse y hacerse con la espada. Admiró la funda y se la cruzó atravesando su pecho con la tira para cargar con el arma metálica.

Despacio y sin poder tranquilizarse, se escabulló por el castillo, manteniendo la vista por un momento en el hombre que seguía dormido, incluso con los alaridos que escuchó en la habitación cercana donde estaba el mercenario con las mujeres.

Cuando la luz de las velas no la alcanzó y solo la tenue iluminación de la luna la alumbró, sorteó los escombros del castillo y se encaminó hacia el hueco por el cual entró, corriendo con cuidado.

Sus ojos, tras tanto tiempo, se acostumbraron a las tinieblas y logró salir airosa del castillo sin ser detectada.

Agitada, ya sin contener la respiración truculenta que resonaba en sus oídos junto con sus palpitos, corrió alrededor del castillo hasta llegar al frente, donde estaba el dragón, su nuevo amigo.



Su sonrisa alargó sus labios cuando observó las escamas azules del dragón, sus ojos brillaron y no pudo más que saber que estaba haciendo lo correcto.

Con prisa, se acercó hasta el dragón que la miró sin perder de vista el arma que bailaba a su espalda, un arma que conocía bien porque sus captores la desenvainaron en múltiples ocasiones para repeler sus ataques.

Gruñó cuando Lara se acercó y se removió agitando la cola que tuvo que sortear la princesa a fin de que no le diese de lleno en la cara.

—Tranquilo. —Alzó las manos—. Tengo la llave —indicó alegre, sin inmutarse por la reacción del dragón que se quedó quieto una vez más, instante en el que Lara se puso en acción y, tras sacar la llave, abrió el grillete que rodeaba la extremidad del dragón.

Su ceño se frunció al ver la piel rosada del dragón, las escamas pegadas al grillete.

—Lo siento mucho —susurró acariciando a su amigo, sin tocar la parte afectada.

Buscó esos ojos amarillentos y zafiros que la miraron.

—Eres libre —dijo con un nudo en la garganta.

La bestia la observó por varios segundos en los que sus almas volvieron a conectar. La luz de la luna iluminó por completo a Lara, su cabello flameó como un destello blanco, como una estrella, el viento bailó a su alrededor y algo cambió en las facciones del dragón que, hipnotizado por esa pequeña humana, bajó la cabeza en una reverencia acallada en la que el tiempo se detuvo.

Lara no comprendió el gesto, sin embargo, una vocecita, la misma que llevaba susurrando en su interior durante ese año, le habló: «Sube», le dijo.

Guiada por un impulso interior, sin apartar la mano del dragón, repasando con la punta de los dedos las escamas, en un mimo inconsciente, llegó hasta el cuello del dragón que, sumiso, aguardó en aquella postura.

—¿Nos vamos juntos? —preguntó Lara, ilusionada, con las mejillas arrojadas y los ojos enternecidos, mirando a la bestia más de cerca.





El dragón la miró de regreso, una mirada que la traspasó y que la conectó por completo a la bestia, entendiendo sus gestos, su sentir, su pensar.

Asintió con decisión y se subió en el dragón, apoyándose en la garra que le ofreció como escalera y subiendo a su lomo, aferrándose con decisión.

Respiró profundo y no pudo evitar sonreír nerviosa e ilusionada cuando el dragón se irguió y, dando pasos grandes en los que sus alas se desplegaron, recorrió un corto tramo para coger impulso y tras un aleteo inicial, se elevó por los aires.

La impresión de alzarse la hizo agarrarse con más fuerza al dragón, quien solo ladeó la cabeza para ver a su jinete, como si le advirtiera de que ese solo era el inicio.

El dragón aleteo elevándose más y más, alejándose del castillo.

Lara giró la cabeza para observar el castillo a sus espaldas, un castillo oscuro y destruido, un castillo en el que su vida cambió para siempre.

Se alzó más y más, su cabello se agitó y giró la cabeza para ver el horizonte.

La decisión modificó su gesto, su sonrisa se desdibujó, sus ojos se agudizaron. Admiró la cúpula de los árboles, el cielo aclarándose a medida que traspasaban el bosque de Aran. El aire envolvió su cuerpo y se pegó más al dragón.

—Al norte —indicó con la voz firme, sabiendo que el dragón le respondería y la llevaría donde tenía que estar, donde más la necesitaba su pueblo.

El dragón alzó más y más el vuelo, atravesando la barrera en la que podían ser vistos y descubiertos por curiosos granjeros que, a esa hora de la madrugada, comenzaban a salir de sus casas.

El corazón de Lara latió con brío. Sus manos repasaron el cuello del dragón que se alzó más y más, hasta que vislumbró el amanecer y ambos, como si entendiesen que necesitaban el calor, admiraron al astro rey.

El dragón planeó por las nubes, en ese cielo que iba clareando a cada minuto, con el sol haciéndose más y más grande, calentando sus cuerpos.

Lara sonrió y, llena de energía, abrió las manos.

—Vamos a salvar a mi pueblo —gritó feliz, excitada con las sensaciones, con el aire, despeinando su cabello, arrebolando sus mejillas, agitando el abrigo, con la luz del sol, iluminándola, caldeando su piel—. Vamos, amigo, hay que derrotar a quien nos enjauló —canturreó al dragón, volviendo las manos al cuello de la bestia, acariciándolo.

El dragón ladeó el cuello para verla, en una especie de asentimiento, antes de volar con más fuerza, directo a Prus, donde Lara le dijo que fuera, sabiendo que es donde estaba su padre, donde estaba su pueblo, donde serviría para acabar de una vez por todas con la tiranía de Frederick.

Gritó emocionada, y se pegó de nuevo a su dragón cuando este tomó más velocidad, llevándola directo a la batalla, una batalla que solo estaba por comenzar.



¿FIN?



Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

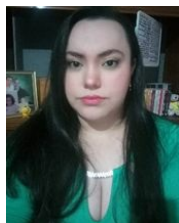
[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Si te ha gustado la historia, no olvides dejar tu opinión en las distintas plataformas como Amazon, Goodreads o redes sociales.

Sobre la autora



G. Elle Arce es un pseudónimo utilizado por la autora. Lectora desde pequeña, enamorada del romance y de la fantasía. Aficionada a la soledad y a divertirse leyendo o viendo cualquier programa televisivo.

Puedes contactarle y seguir a la autora a través de sus redes sociales:

En Facebook como Elle Arce,

En Instagram como @ellearce05,

O, a través de su correo electrónico: gellearce@gmail.com, elle_arce@outlook.com

Otras novelas de la autora:

*Adiós a mi Virginidad.

*Mírame, solo a mí.

*Darkness Prince (Desde el infierno).

*Princesa Dragón.

*Bilogía Vielman: (1)Secuestrando a Vielman, (2)Sacrificando a Vielman, y (3)Seduciendo a Vielman (capítulo extra).

*Pacún: la abuela cuenta cuentos (Bajo el pseudónimo de

«Diana A. Lara»).

*Bilogía Sobre el Arcoíris: (1)Bajo la lluvia, (2)Expuesta ante ti (versión auto-conclusiva de «Bajo la lluvia»).

*Mamba Negra.

*Googbye my love.

*Trilogía Lujuria: (1)Rojo, la perversión de la lujuria, (2)Rojo, el pecado de la lujuria, y (3)Rojo, la perdición de la lujuria.

*Proyecto V.

*Bilogía Perfecta: (1)La esposa perfecta, (2)La amante perfecta.

*La caricia de un demonio.

*Serie: El factor D: (1)El núcleo oscuro, (1.5)Devorado por la oscuridad, (2)Escala 22.

*Un latido en la tormenta.

*Azul como el océano.

